



6/3

Marla
Shelton
(Universal)

nº 531
29 Oct. 36



Popular film

C.C. & Co.
Ld.

POPULAR FILM

Gerente: Jaime Olivet Vives

Director técnico y Administrador: S. Torres Benet

Director literario: Lope F. Martínez de Ribera

Redactor-jefe: Enrique Vidal

Delegado en Madrid: Antonio Guzmán Merino
Narváez, 60

Redacción y Administración:

París, 134 y Villarroel, 186

Teléfonos 80150 - 80159

BARCELONA

Año XI :: Núm. 531

29 de octubre de 1936

Núm. corriente: 30 céntimos

Núm. atrasado: 40 céntimos

CONCESIONARIO EXCLUSIVO PARA LA VENTA EN ESPAÑA Y AMÉRICA: Sociedad General Española de Librería, Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A., Baró, 16, Barcelona; Ferraz, 21, Madrid; Mártires de Jaca, 20, Irún; Dr. Romagosa, 2, Valencia; Gamazo, 4, Sevilla.

SERVICIO DE SUSCRIPCIONES: Librería Francesa, Rambla del Centro, 8 y 10, Barcelona.

¿HA LLEGADO LA HORA?...

A mi juicio, sí. La industria está paralizada en su mayoría, y al parecer cristalizan en realidades muy pocos de los propósitos que parecían cocerse en la industria privada. Los obreros de los estudios están agotando las cuentas corrientes. En los laboratorios ocurre otro tanto, y la producción privada sigue sin aparecer. Unos cuantos centenares de técnicos y obreros especializados permanecen en una inacción que amenaza con sombras trágicas sus hogares para un futuro muy próximo, y no es cosa de esperar que estos días lleguen sin haber intentado contener su acometida de miserias y hambres.

Con lo oficial no debemos de contar para nada. La guerra ocupa en la ciudad el primer plano. La economía de Cataluña se debe a los que luchan en los frentes de batalla, y sería absurda pretensión la nuestra exigir una atención para esta industria nuestra, digna de todos los apoyos en una época normal; pero relegada hoy, por las circunstancias, a un segundo plano, del que solamente a nosotros, los trabajadores de esta industria, nos interesa salir.

El documental de guerra que los sindicatos realizan en los frentes, no es más que un aperitivo para ir tirando. En realidad, los beneficios que esta labor produce son pocos, y de ellos únicamente viven unos cuantos; tal vez los que nunca vivieron de esta especialidad industrial.

Es preciso, pues, poner en marcha la producción cinematográfica barcelonesa. Lo exigen los trabajadores de la industria. Así lo ha comprendido el Sindicato Unico de Espectáculos Públicos y a esto se lanza.

Lo primero que ha hecho para llevar a buen fin sus propósitos, ha sido crear un comité de producción y preocuparse de la película virgen necesaria para el rodaje de sus primeras producciones; película virgen que no existía en nuestra ciudad, pues las necesidades del documental de guerra habían agotado todas las existencias de negativo de imagen y de sonido, en un derroche de metros y más metros que han servido, en su mayoría, para que ensayasen los indocumentados una producción de noticiarios bélicos que, según hemos podido ver todos en las pantallas barcelonesas, no merece más que un silencio hosco, que cubra con un manto de olvido las estupideces de los más, las impericias de la mayoría y la falta de directriz de quienes pusieron en manos de sus autores la autorización para hacer, que ha cristalizado en esa serie de esperpentos que todos hemos visto y que todos hemos comentado con unas cuantas frases de desprecio para quienes se atrevieron a tanto, en lugar de seguir dedicados a las faenas propias de su sexo. Claro es que hacemos aquí las salvedades lógicas, pues en todo esto hay excepción.

Este comité de producción comenzará en breve su labor. Cuenta con el asesoramiento de todas las secciones técnicas y artísticas del Sindicato Unico de Espectáculos, y es natural que de sus orientaciones salga una producción digna de quienes la impulsan.

Seguramente habrán acabado los hijos sin padre; los toreros y los «cantaores» de flamenco... ¡Ya era hora! Y bien venida esta hora que acaba con tanta sandez, con tanta necedad y con tontería tanta como la que se había adueñado de nuestro cinema, el peor del mundo hasta la fecha.

Otros ideales, otros imperativos y nuevos conceptos, se asomarán a nuestras pantallas, para sentar los cimientos de un estilo propio, que nos haga dignos de nuestro presente... Aunque nosotros no hubiésemos conseguido otra cosa que ésta, felicitémonos por la hora que trajo el alborar de este nuevo día en nuestro cinema, que estaba necesitado, más que cosa alguna de nuestro país, de una verdadera revolución que le sacase de la ciénaga en que le habían sumido nuestros productores de siempre.

LOPE F. MARTÍNEZ DE RIBERA

Ruta de un escritor cinematográfico

DURANTE mucho tiempo se ha venido afirmando que todo lo bueno y lo malo que se ha escrito en España sobre el cinema, hay que buscarlo en las revistas especializadas o en las páginas cinematográficas de algunos diarios. Ha sido siempre tan escasa nuestra bibliografía en este aspecto, que el escritor cinematográfico se ha dejado desbancar siempre por el periodista. Mejor dicho: todos los que escribimos sobre el cinema hemos tenido que enrolarnos bajo la bandera del periodismo, por ser éste el único campo abierto a nuestras inquietudes, ya que al mundo de los libros sólo podemos llegar en muy contadas ocasiones. Por esto nos parece oportuno detenernos hoy ante la labor de uno de nuestros compañeros, periodista como todos nosotros, pero tal vez más escritor que ninguno, si le adjudicamos este adjetivo por el número de libros que lleva publicados. Y al detenernos ante ellos, no aspiramos más que a exponer, simple y llanamente, su labor, por si llegamos a conseguir que sirva de ejemplo.

Ante todo, empezaremos dando su nombre, ya que, lan-

zados por el tobogán de las divagaciones, nos habíamos olvidado de hacerlo antes. Nuestro comentario se refiere a Luis Gómez Mesa, uno de los más veteranos escritores cinematográficos, pues lleva ya quince años de actuación profesional, y, a la par, también uno de los más jóvenes, pues no hace aún mucho tiempo que traspasó el umbral de los treinta.

A pesar de que la labor que nos interesaba ahora es la del escritor, la que ha quedado ya en las páginas de sus libros y folletos, no podemos prescindir de su obra periodística, ya que ésta es una de las más amplias que hasta ahora se han llevado a cabo en España en torno del cinema. Su misma amplitud nos obliga a ser escuetos en su comentario. Y para elogiarla, nos limitamos a hacerlo con una sola palabra: admirable. Y para exponerla, prescindimos de la hojarasca detallista, y nos internamos en los límites, escuetos, del fichero, consignando los simples títulos de las publicaciones en que ha colaborado: «El Cine», «El Mundo Cinematográfico», «Arte y Cinematografía», «Fotogramas»,

«POPULAR FILM», «Proyección», «La Gaceta Literaria», «Nuestro Cinema», «Revista Internacional del Cinema Educativo», «Letra», «Sparta», «Gran Film», y en los diarios «El Noticiero Universal», de Barcelona, y «ABC», de Madrid, en cuyas páginas cinematográficas ha sido uno de sus más asiduos colaboradores durante los últimos años. Además, desde 1932, actúa periódicamente ante el micrófono de Unión Radio como crítico e informador cinematográfico.

Toda esta labor, amplia y compleja, ha sido subrayada siempre por una insobornable independencia profesional, puesta de manifiesto sobre todo al fundar, en unión de Barbero, Jarnés, Villegas y el autor de este artículo, el Grupo de Escritores Cinematográficos Independientes (GECI).

El primer libro de Luis Gómez Mesa apareció en 1930, y pertenecía a la «Biblioteca del Cinema», publicada por Ciap: «Los films de dibujos animados». Se trataba de un libro pequeño, que no llegaba a las doscientas páginas. A simple vista casi podía parecer un folleto más de cine. Sin embargo, somos muchos los que opinamos que es este uno de los mejores libros de Gómez Mesa. Desde cualquier punto de vista, además. Por su estilo: ágil, alegre, desenfadado como el propio género que comentaba; por su documentación: amplia, seria y completamente nueva para las generaciones últimas; y, sobre todo, por la sencillez de sus definiciones y por el tono aménísimo de sus capítulos divulgadores. Y hasta tal extremo nos ratificamos ahora, al releerlo de nuevo, en esa misma opinión, que el mejor comentario que nos sugiere es pedir una nueva edición, puesta al día, de «Los dibujos animados».

En 1931, publicó en un folleto de sesenta y cuatro páginas, y bajo el título de «Cinema Educativo y Cultural», el texto de una ponencia presentada por él al Congreso Hispanoamericano de Cinematografía. Este folleto, casi desconocido entre los aficionados, merecía haber alcanzado la más amplia difusión. Además de sustentar una tesis interesantísima, reúne infinidad de datos imprescindibles para el estudio en España de esta modalidad del cinema, sin duda la más interesante, si miramos, como mira Gómez Mesa, más al futuro del cinema que al presente o al pasado.

Al año siguiente nos llegó «Variedad de la pantalla cómica». Su mejor libro, desde nuestro punto de vista personal. Tal vez influya algo en esta afirmación el hecho de que también sea para nosotros el cinema cómico el mejor género cinematográfico. Esa poesía, simple, ingenua y natural del cinema cómico yanqui, cuyo esquema parece más bien escrito con cifras que con palabras, tiene en «Variedad de la pantalla cómica» su expresión más firme y sincera. Nada de lirismo ni de evocaciones retóricas. Palabras escuetas, tajantes y aparentemente frías como los números. Nada de profundidad psicológica, ni de incursiones en el peligroso campo de la filosofía de fácil alcance. Afirmaciones rotundas y llanas, casi limitadas a la narración y a la exposición. En estos términos ha alcanzado el cinema cómico yanqui sus más altos éxitos y su gran abolengo artístico. Y en estos términos es también «Variedad de la pantalla cómica» uno de sus más fieles exponentes.

Después de la publicación de este libro, y durante cerca de tres años, Gómez Mesa, entregado plenamente al periodismo, no publicó ningún nuevo libro. Sólo en los últimos meses de 1935 nos ofreció, en el folleto titulado «España en el mundo sin fronteras del cinema educativo», la conferencia que, bajo el mismo enunciado, dió en la Unión Iberoamericana. Pero en este año ha vuelto a intensificar su labor literaria. Aún quedan varios meses para llegar a su fin, y va hay en los escaparates dos nuevos libros suyos: «Necesidad de una cinematografía hispánica» y «Autenticidad del cinema». El primero es más bien un folleto. Un folleto sobre el cine español, que viene a colocar el problema en su justo medio. En él no hay exclamaciones jubilosas, ni lamentos de triste pesimismo. No hay más que la afirmación rotunda de que el cinema español, para nacer, necesita llegar a las inteligencias, que es, precisamente, donde todavía no ha llegado.

«Autenticidad del cinema», es la culminación de sus afanes y predilecciones en torno del cinema educativo. Al insistir una vez más sobre su tema favorito, abandona esta vez las estadísticas y los datos, para entrar en el terreno de la teoría. «Autenticidad del cinema», con la excepción de dos o tres capítulos marcadamente periodísticos, casi podría ser un texto de estudio sobre el alcance y las posibilidades del cinema cultural. La seriedad con que aborda los temas tratados y el tono general del libro, nos traen a esta última hora, la conclusión de que, en la personalidad de Luis Gómez Mesa, el escritor va desterrando, poco a poco, al periodista.

* * * *

He aquí la ruta de un escritor cinematográfico. Tal vez la ruta más amplia que en este sentido pueda buscarse en España, pues Gómez Mesa es un veterano de veteranos, a pesar de su juventud. Una ruta de periodismo tenaz y constante, que desemboca en una labor de escritor certera y madura ya. Cuando en las páginas de nuestros periódicos y revistas nos encontramos frecuentemente magníficos ensayos cinematográficos, pensamos que, por fortuna, es esta la ruta que han de seguir muchos de nuestros compañeros.

RAFAEL GIL

Madrid, octubre de 1936.

El tema siempre actual de Charlot

Su españolismo, más o menos auténtico

DESDE que el neurasténico y suicida Max Linder realizó — en un alegre descanso de su monotonía y hastío de taciturno — aquel jocoso film de título afrancesado «Max torero», el gran Charlie Chaplin empezó a querer interpretar una película de tema español.

Chaplin había sentido siempre mucha simpatía por este país del sur de Europa, ruta abreviada para los visitantes de Marruecos. Pero lo desconocía por completo, o al menos de modo directo y neto, de manera clara y exacta. Sabía, por referencias, de sus tradiciones, de su pasado de pujanza y esplendor y de una leyenda corrosiva, que le presenta opuestamente a su verdad.

Y sin exclamar, como los demás, como todos en repetición de autómatas: «¡Oh, España!...» cuando le hablaban del seguro éxito de risa de una película rotulada «Charlot torero», variaba en seguida de tema. Desviaba la conversación a otros caminos:

—Creo que Mabel Normand es una de nuestras mejores y más graciosas actrices — decía, por ejemplo, en repentino homenaje a la compañera de sus primeras cintas para la Keystone.

Pero a veces le fallaba esa habilidad y se veía obligado a exteriorizar su pensamiento, a propalar el secreto de sus ilusiones. Y esto disgustaba a su carácter indispensablemente expansivo. No es que viviese en prolongada farsa o que fuese un insociable. Consideraba, sencillamente, que no había ninguna necesidad de contar a nadie ideas e ideales, sueños y ensueños tan íntimos y propios, que descubrirlos es perpetrar una traición.

Y por eso, sólo en rarísimos casos, se lograba que Chaplin respondiese a insinuaciones y preguntas que, sin calificar rotundamente de impertinentes, las tildaba de tales al simular que no las oía.

En una de esas insólitas ocasiones, acosado y sin escape normal, Chaplin se exployó ante un grupo de amigos y de simples curiosos:

—¡Vencieron ustedes! — prorrumpió en frase inaugural, compungida y resignada —. Con ustedes es inútil la táctica de callar. Derrotan al mejor pertrechado de paciencia. Así es que les explicaré lo que me hubiese agradado guardar muy en silencio... Renunció al éxito de esa película rotulada «Charlot torero», por razones fácilmente adivinables. Primero, por el antecedente de Max Linder, al que admiro, pero nunca imito. Después, porque tendría que quitarme el bigote y privarme de lo que constituye mi personalidad: el hongo, las botas y el bastón para vestirme de torero o ataviarme con mis ropas típicas, conservando mi habitual aspecto de vagabundo, sólo modificado por el empleo momentáneo de un capote y un estoque... Sé que de una u otra forma haría reír. Pero esto no satisface mis exigencias. El personaje de español que no tardaré en encarnar no es un torero, si bien en la obra interviene un estoqueador de primera fila. Se trata de la famosa novela de Próspero Mérimée, «Carmen», tan propicia a la caricatura...

Fiel a sus afirmaciones, ese mismo año de 1916, estrena Charlie Chaplin su parodia de «Carmen», con la rubia Edna Purviance en el papel de la gitana pasional y él en el de José, su cegado y desdichado amante.

En la labor total de Chaplin, la parodia de «Carmen» ocupa un lugar aparte por su tono exclusivo de burla, de broma absoluta y entera, sin resquicios sentimentales.

Seguramente, no quiso Chaplin subrayar la semejanza entre el fracaso amoroso de José ante las veleidades de Carmen y los similares fracasos seguidos de su personaje Charlot. No lo quiso, pese a su igualdad, con la diferencia única del desenlace de violencia y muerte de las relaciones primeras y la peculiar resignación charlotiana.

Y por eso, en ningún film es menos sencillo, abusa más de la exageración bufonesca que en su parodia de «Carmen». Desde el comienzo — en que aparece con uniforme militar y tan cuidadoso de su lucimiento, que al propinarle muy fenomenal tropezón un indiscreto papel de fumar, le manda fusilar — al final, todo el film es un reiterado disparate de festivos efectos, demasiado vistos y gastados o desgastados y por ello vulgarísimos.

Chaplin reconoce, inteligentemente, su ligereza y equivocación al cumplir de esa manera el propósito de agregar a la lista de sus películas un título español. Y así, la ilusión de antes sobre este tema, se convierte en un anhelo suplicante porque se olvide ese desorientado paso.

Al visitar Raquel Meller el artificio y artilugio de Hollywood, en unas de sus jiras por América, Chaplin accede complaciente a retratarse con ella caracterizado de Charlot. Y su obsesión, en el transcurso de la preparada y propagada entrevista, es que no le recuerde la existencia de la parodia de «Carmen». Y, sin embargo, para llenar un vacío de silencio del diálogo, se le escapa la inevitable galantería de tópico extranjero a una española morena:

—¿Es usted la «Carmen» más admirable que he conocido! —
—¿Vió usted la película? — le replica Raquel.
—¿Qué película?
—«Carmen», hecha en Francia y creada por mí.
—No, no la he visto. Era una alusión a su nacionalidad española.

Ríe Raquel, y Chaplin, comenta:

—Me gustaría interpretar con usted una película! ¿Y a usted?...

—Yo, encantada. ¡Firmemos ahora mismo el contrato!... Y entonces es Chaplin quien ríe.

Quizá se le ocurriese a Chaplin durante esa conversación el personaje de violetera ciega de «Las luces de la ciudad», sugerido por el cuplé raqueliano «La violetera». Lo evidente es que ese film coincide con la amistad de Raquel y Charlot y que la música de sus pasajes más definidores tiene compases del cuplé.

Y cuando Charlie Chaplin efectúa su segundo viaje a Europa, en plan y plano de comodidades y lujos de nuevo aristócrata, en marzo de 1931, no se cansa de anunciar su visita a España.

En Londres, en una fiesta en el Carlton Hotel — a base de música popular española y de tangos argentinos —, expresa su deseo de presenciar en Toledo una corrida de toros, sin duda por creer andaluza a esta ciudad compendiadora de nuestra Historia; mientras su secretario y agente de publicidad, Carl Robinson, manifiesta con intenciones reclamistas a un redactor de «Internews» que entre los ascendientes ilustres de Charlot, figuran varios gitanos españoles.

En Berlín dice a los periodistas que le agradecería recorrer España para estudiar las corridas de toros.

En París, declara: «No tengo itinerario fijo. Pensaba ir a la Costa Azul, pero los duques de Westminster me han invitado a una cacería de jabalíes en sus posesiones de Normandía. No sé, pues, cuando podré ir a Barcelona para asistir a una corrida.»

Fortunadamente, en una breve excursión por la costa vasca francesa, se entera Chaplin de la próxima celebración en San Sebastián de una corrida de toros, y como un turista más de los que llegan en autocar de Biarritz o de San Juan de Luz a la capital guipuzcoana, pisa unas horas tierra española.

¡Realiza, al fin, su manía de «presenciar una corrida de toros»!

PANTALLAS DE BARCELONA

En el Coliseum: «El secreto de vivir»

UN film Columbia realizado por Frank Capra, e interpretado por Gary Cooper, Jean Arthur, George Bancroft, Douglas Dumbrille, Raymund Walburn y Lionel Stander.

El argumento encierra una diatriba cruel y justificada de la vida en las grandes acumulaciones ciudadanas, donde el culto del oro ha ido segando los brotes más nobles del espíritu humano, y secando las fuentes más puras del sentimentalismo. La virtud, la honradez, la ingénita bondad se estrellan en las grandes urbes contra todos los vicios, con los egoísmos mayores y con las crueldades más vergonzosas. Para llegar a esta consecuencia, Frank Capra nos muestra la vida de un joven cuyos años vivieron escondidos en una pequeña aldea y cuyos conceptos morales se ajustan a los austeros principios en que se asienta la vida aldeana, constituida por ingenuas diversiones e impulsos rectilíneos. Una herencia crecidísima le arranca del pueblo para lanzarle a Nueva York, donde le salen al paso los perros de presa del hombre de la ciudad, en la que llega a sentirse ridículo y pequeño. Le mienten la amistad y el amor, que acaban por crucificarle en el abuso de confianza y en la burla; sus sentimientos íntimos más honrados ven escarnecidos, y todo en torno suyo se agudiza en ángulos despreciables, que acaban por sumirle en una triste renunciación.

Esta vida, Frank Capra nos la dibuja con pinceladas humorísticas; esas pinceladas tan justas del autor de «Sucedió una noche», «Dama por un día» y «Estrictamente confidencial». El humorismo de Frank Capra es algo «sui generis», que se define por su sencillez, por su expresión naturalísima, ajena a rebuscamientos cerebrales. Además, es un humorismo a la medida de los personajes, a los cuales no se les podría imaginar sin estas reacciones que son, asimismo esencia peculiarísima de los entes que las sufren.

Gary Cooper está como siempre: admirable. A mi juicio, es el galán por excelencia de este género de obras. Nadie como él sabe dar la nota justa que define psicológicamente al personaje que interpreta.

Jean Arthur, llega a conseguir momentos llenos de emoción y a hacerse digna de colaborador tan eminente.

En el Fémima: «Ojos que matan»

TAL vez nuestros lectores supongan que se trata de los ojos de una mujer hermosa, capaz de arrastrar a la desesperación y al suicidio al mejor templado de los amantes. Pero se equivoca. Los «ojos que matan», son los

ECOS DE HOLLYWOOD

Gladys Swarthout es la única diva de ópera que ha aparecido en un film sin maquillaje..., gracias al sol de California, que tostó su semblante encantador.

Desde que Carole Lombard se mudó a su nueva residencia de Bel Air, ha tenido que mandar cambiar el número de teléfono siete veces. ¡Vaya popularidad!

Aunque parezca mentira, los recuerdos más preciados de Carole Lombard, son dos medallas que ganó en la escuela elemental. La primera atestigua su habilidad en las carreras a pie y la segunda la facultad de dar grandes saltos.

Cary Grant y Mary Bryan siguen visitando los cabarets y dándose grandes paseos juntos. ¡Si tendrán razón los que aseguran que habrá boda!

Leopold Stokowski, famoso director de orquesta que aparece en «Cazadores de estrellas de 1937», confiesa que du-

El valenciano Vicente Barrera le brinda la muerte de su primer toro, y Charlot, indaga: Valencia está en Andalucía, ¿verdad? Pero el consultado lo ignora. Le parece, como a Charlot, que toda España es Andalucía, o sea el ambiente descrito por Mérimée en «Carmen».

Promete Charlot volver a España con más calma y acercarse a Madrid; pero sus declaraciones siguientes las hace en Roma:

—Estoy contentísimo — asevera —. He visitado los países más importantes e interesantes de Europa, menos Rusia y España. De este país he visto una corrida... en San Sebastián. Acaso en otro viaje pase ahí unas semanas. Ahora iré al Japón y luego, por el Océano Pacífico, regresaré a California, y «California es la España de Norteamérica» — termina muy ufano y en frase rutinaria.

Ya en Hollywood, le intranquiliza nuevamente el mismo tema.

—¿Es cierto que la película que prepara es de asunto español? — le preguntan unos y otros.

El, nada contesta. Ni nadie logra, esta vez, hacerle hablar. Ni su amada de unos meses, la cosmopolita bailarina de cabaret May Reeves, que en unas memorias — «Mis amores con Charlot» — recogidas por Clara Goll, descubre el mal rato padecido por Chaplin al tener que soportar íntegra la corrida, con la lidia y muerte de los seis toros, cuando hubiese sido su gusto irse al notar lo mucho que le contrariaba el espectáculo.

Posiblemente, Charlie Chaplin juzga ya cancelados su simpatía e interés por España en ese film vivido y sufrido en San Sebastián de doble título de sainete: «Charlot en los toros o el nerviosismo y desencanto de un carácter todo persuasión y apacibilidad.»

LUIS GÓMEZ MESA

de un hipnotizador lanzado a la venganza y al crimen.

El film es, pues, un film en el que, al existir crímenes tan bien elaborados, ha de encerrar también la sombra de un émulo de Sherlock Holmes. En este film el detective es Philo Vance, que encarna Edmund Lowe, actor especializado en la interpretación de este famoso personaje de la moderna novela policíaca.

El film está lleno de absurdos, pesa un poco en su desarrollo, que es, a la par, un tanto obscuro, y carece de verdadera emoción. Colaboran con Edmund Lowe, Virginia Bruce y Benita Hume.

En el Cataluña: «Amor gitano»

UNA producción nacional dirigida por Alfonso Benavides, e interpretada por «Guerrita», La Yankee y Mape Cortés. — Es esta la segunda vez que Benavides se mete a dirigir un film, al que no le falta nada de lo que según los productores españoles debe de caracterizar a una producción nacional. Tiene cante flamenco y, como es natural, su correspondiente «cantao»; tiene gitana «enamora»; no le falta su marqués chulapón, ni su marquesa castiza...

¡Y todavía existen quienes defienden el pasado y el presente de nuestro cinema!... ¡Vade retro!

No queremos molestarnos en señalar uno por uno los defectos. Baste al lector saber que se trata de unos metros de celuloide manchados con unas imágenes sin importancia, que no denotan otra cosa que falta de talento en el autor del guión y en el director... ¡Los intérpretes qué culpa tienen!...

En el Capitol: «Carnada de tiburones»

UN film de la vieja escuela, que tiene como fondo el Océano, y como escenario un pequeño barco dedicado a la pesca del atún. En el barco unos hombres, unas vidas rotas por el pasado, que luchan a diario con sus impulsos y con los embravecidos embates del mar.

Una mujer a bordo, por error del Destino, pone a prueba las almas de ellos, dando lugar a escenas de hondo dramatismo.

Las imágenes que nos refieren una tempestad en el Océano, encierran una grandiosidad sin precedentes, que sirve para poner de relieve la fortaleza de los espíritus que viven la farsa, encarnados por George Bancroft, Ann Sothorn y Víctor Jory, dignos de un sincero aplauso en toda su actuación.

LOPE F. MARTÍNEZ DE RIBERA

rante su juventud sostuvo una lucha indecisa tratando de escoger entre la música y la pintura. Actualmente pinta por diversión, lo cual explica su preferencia por trajes de colores vivos. No hay duda de que hubiera sido un «pintorazo» si se hubiera decidido por este arte.

Gary Cooper no tuvo necesidad de aprender a liar cigarrillos para desempeñar el papel protagonista de la producción de Cecil B. De Mille «El llanero», porque desde su juventud en las praderas de Montana prefiere liarse sus propios cigarrillos siempre que su trabajo se lo permite.

James Ellison y Helen Burgess, que interpretan los papeles de Buffalo Bill y su esposa en «El llanero», se toman las escenas de amor con toda seriedad. Se conocieron al principiar la producción de la película y desde entonces se les ve juntos con mucha frecuencia.

Para obtener la mejor agua mineral de mesa nada más indicado que las incomparables

Sales LITÍNICAS DALMAU

MANOLO DICENTA

HÉROE Y ACTOR A UN TIEMPO

quien indudablemente habría acaecido alguna desgracia; de otra manera no podía concebirse esta inocente deserción en quien, como Dicenta, supo siempre hacer honor a sus compromisos. Fué un día aquél de creciente inquietud en Roptence, aumentada a cada pesquiça infructuosa. La película llevaba ya varios metros impresionados, que había que despreciar ante tal eventualidad. El valor de ellos era lo de menos, pero..., ¿dónde encontrar otro actor de tan perfecto encaje en ese papel? La confusión y el trastorno iban en aumento, mientras las pesquisas se redoblaban.

Alguien apuntó vagamente indicio de que Manolo, enrolado desde el primer momento en una milicia popular, luchaba en la calle con un fusil defendiendo a «su Madrid». Y aquí fué Troya: todos ante el inminente riesgo que este celoso amante de su tierra corría, preveíamos una inevitable desgracia. Con el ceño arrugado por tal contrariedad, alumbrábamos aún la esperanza de que la suerte le

norante de nuestra inquietud, solamente acertó a decir:
—¿A qué viene esta expectación?

No le contestamos. Fuimos a él y, nerviosos, le abrazamos, al mismo tiempo que con nuestras manos tratábamos de inquirir el lugar de las heridas. El, estupefacto, nos dejó hacer, hasta que, cansado de aquel sobo en colectividad, se desasíó, diciendo amoscado:

—¡Eh, eh! Que yo soy un actor de cine..., yo no soy una tanguista.

Le explicamos todo, al mismo tiempo que la alegría de su retorno nos iba entibiando el estupor de su aparición. El nos escuchó, y al cabo remató el incidente con esta humorada:

—No seáis pelmazos. Quien ha resistido en varios primeros planos tan de cerca la mirada de Mercedes Prendes, no iba a caer por bala más o menos. Estas resultan incensivas al lado de los ojos de Mercedesitas...

Y tornando picarescamente los suyos, remató:

—... ¡esos sí que son «dum dum»!

Reímos el chiste, pero aún celebramos más nuestro chasco: Manuel Dicenta estaba en un hospital de sangre..., pero... ¡de enfermero!

Y pudo comenzar el trabajo, aunque con retraso, no interrumpiéndose ya hasta el final, pues Dicenta supo alternar y coordinar sus dos labores a satisfacción de todos.

Y así se dió el caso de que, mientras en un sitio cumplía una misión humanitaria, en otro continuaba con su labor artística, en bien de la producción nacional.

Y así ha podido terminarse esta película con mucho menor tiempo de retraso del que podía suponerse, dadas las circunstancias.

Y con esto hemos terminado con Manuel Dicenta, que ha resultado un excelente actor cinematográfico, digno de competir con los mejores galanes extranjeros. Su éxito no ha colaborado poco el excelente guión y el acertado dibujo del personaje que ha debido interpretar.

ANGEL ALVAREZ



CUANDO editora Roptence, Sociedad Limitada, aparejaba el reparto de papeles para su primera producción, «Don Floripondio», actualmente en rodaje, se convino unánimemente recabar el concursó de Manuel Dicenta para incorporar el galán. Aparte otros positivos méritos, se tuvo en cuenta su madrileñismo de la más rancia cepa para el papel que requería un temperamento pleno de entusiasmo y bondad de corazón. Jaranero, bullidor, simpático y capaz en un arrebató de jugárselo todo al conjuro de unos ojos negros, con ese mismo generoso desprendido de todo buen dimimiento aval madrileño, conque en el instante preciso se toman las armas en defensa de la gloriosa y abundante tradición liberal del pueblo que a gala tuviera verlo nacer: Madrid.

Siendo así, la decisión de Manolo fué de tan lógica exactitud, que a las dos semanas de rodaje, por nada ni por nadie hubiera renunciado Roptence, S. L., a tan feliz adquisición. Tan ajustado se encontraba nuestro actor con el nuevo role, que sin regateo y con deje muy madrileño glosaba su satisfacción.

—Me está «bordao» el papel.

Y evocando al autor que lo escribiera, remachaba:

—Esto es acertar, y lo demás es saltar a la comba.

Pero hete aquí que cuando el entusiasmo de todo el estudio era completo, surgen los sucesos de julio, que, por otra parte, no fueron obstáculo en la marcha de la película, quien en esa fecha remataba precisamente dos planos, en los que, ¡oh, casualidad!, Dicenta no intervenía.

Dos días después tenía que rodarse una escena a base de Manolo, a quien se envió recado de asistencia al estudio. La contestación que trajo el mandadero fué una verdadera bomba: «Manolo no estaba en su casa hacía dos días, y en ella no podían precisar el paradero del actor». En un momento se movilizó todo el personal de Roptence a la busca del galán, a



Ardavin dando instrucciones a Mercedes Prendes y Manuel Dicenta, acerca de una escena de «Don Floripondio».

Mercedes Prendes y Dicenta, en un primer plano del film.

favoreciera y saliera indemne. Pero esta ilusión se vino abajo con la llegada de alguien que, sofocado y «lengua fuera», arribó de prisa al estudio, para decirnos:

—Acabo de enterarme de que Dicenta está en un hospital de sangre.

Las débiles esperanzas se desplomaron ahora de forma definitiva: adiós galán; adiós película y adiós tarea infructuosa. Ahora sí que no cabía duda: Manuel Dicenta estaba herido, quizá grave. Creo que hubo hasta quien lloró la suerte del malogrado galán y la de la no menos malograda producción número uno.

Y cuando mayor era la gravedad del tono de aquella pseudo velada necrológica, la puerta de la estancia se abrió y en su marco quedó siluetada la gallarda figura de un hombre metido dentro de un mono azul. Todos nos levantamos como por resorte, y al unísono, exclamamos:

—¡Dicenta!

Y no era otro el recién llegado, quien ig-



JEANETTE MAC DONALD

por CLEMENTE RODRIGO

¿TIENEN los cantantes de la pantalla carácter más irritable que los actores? La respuesta de los cantantes es un rotundo «No».

Jeanette MacDonald, prominente estrella de la pantalla y exquisita cantatriz, defiende a sus colegas, arguyendo que los cantantes siempre están de buen humor y mal pueden, por consiguiente, ser propensos a los arranques de ira.



Y como prueba de lo dicho, cita muchos incidentes cómicos ocurridos durante la producción de películas musicales, desde que Lawrence Tibbett se estrenó en la pantalla en «La canción del gitano», hasta el presente.

Jeanette recuerda que cuando filmaban esa película, Tibbett debía entonar una apasionada canción de amor a Catherine Dale Owen, al mismo tiempo que trepaba por una mesa al balcón de la muchacha. Durante el ascenso, Tibbett tropezó con un vaso que se hizo añicos. «¡Maldito vaso!», exclamó el barítono, reanudando el canto como si nada hubiera pasado.

Cuando W. S. Van Dyke dirigía «San Francisco» (La ciudad pecadora), pidió cierto día que le llevaran una ligera refacción al escenario por no haber podido salir a almorzar. Mientras consumía su comida, la orquesta desentonó, interrumpiendo la pieza varias veces. Los músicos que manejaban los instrumentos de viento, no podían tocar mientras Van Dyke mordía un hermoso pepino. Les causaba la misma destemplanza que la de ver

chupar un limón. Todo volvió a su estado normal, sin embargo, al desaparecer el pepino.

Harry Stockwell cantaba en cierta ocasión ante el micrófono. Los expertos del sonido notaban un ruido como de golpecitos, cuyo origen no podían descubrir. Al cesar el canto, terminaba el ruido. Por fin encontraron que Stockwell mismo producía el ruido, al marcar el compás inconscientemente con los pies. Desde entonces debe pararse en una esterilla de goma elástica cuando canta.

Miss MacDonald y Nelson Eddy entonaban un dúo para la película «Rose Marie», cuando dos pajaritos, en un árbol vecino, se empeñaron en acompañarlos con sus gorjeos, para desesperación de los encargados de los aparatos sonoros. Y por su empeño en participar en el dúo, las avecillas fueron expulsadas del árbol.



Miss MacDonald misma tuvo una original ocurrencia una vez que incomodó al director Van Dyke por haber llegado tarde a ver los «rushes» de cierta película en los estudios Metro-Goldwyn-Mayer. Al día siguiente se hizo llevar al escenario en una casilla de perro, trayendo una hermosa manzana roja para aplacar las iras del director.

En otra ocasión, cuando tomaban ciertas escenas al aire libre un día muy caliente, el mismo director Van Dyke decía a miss MacDonald, que era tal el calor, que las ardillas se desmayaban y caían de los árboles. Minutos después la estrella se quedó estupefacta ante una lluvia de tales animales. El proveedor de Van Dyke se había subido al árbol para dejar caer ardillas disecadas sobre miss MacDonald.

A instancias de miss MacDonald, las muchachas «Casquette» de la película «¡Oh, Marietta!», dieron una fiesta a Van Dyke, bailando por turnos con él sin dejarlo descansar, hasta que el pobre hombre cayó exhausto.

Las mismas traviesas chicas visitaron una noche a Van Dyke, cada cual con su pareja, armando entre sí una simulada riña, en que unas acusaban a otras de coquetear con su novio. El mortificado director iba y venía de un lado a otro para aplacar a las muchachas, semejando una gallina atribulada de ver a sus patitos lanzarse al agua.

A propósito del carácter de los cantantes, Nelson Eddy dice:

«El mal genio y la risa no se llevan bien, y todo cantante es amigo de reír. Esa es parte de la psicología del canto, que no es otra cosa que el espíritu de la risa y la alegría traducido al lenguaje de la música.»

Todo lo que parece confirmar la opinión de los cantantes.

¿Saben ustedes cuál es la opinión de Jeanette sobre Van Dyke? El dirigió la mejor película de ella. Ambos son amigos desde hace muchos años. Sin embargo, W. S. Van Dyke es todavía un enigma para Jeanette MacDonald.

«No podría hacer una descripción acertada de Van Dyke. Es demasiado complejo. Hasta ahora, no he oído que entre sus amigos íntimos haya dos que estén de acuerdo sobre este particular.»

Así se expresaba la aplaudida estrella, hablando de su director en un momento de descanso entre escena y escena de una nueva película de la Metro-Goldwyn-Mayer.

«Mucha gente califica a Van Dyke de diamante en bruto—continúa la actriz—, pero no me parece acertado este juicio. Para mí es un diamante admirablemente pulido y de muchas facetas. El engaste puede que sea tosco, pero no la piedra. Nadie como yo puede dar una opinión tan completa de su valor.

«Por supuesto, mucha gente en Hollywood conoce algunas de las cualidades de Van Dyke, tales como su extraordinaria energía, su habilidad para dirigir el funcionamiento de media docena de cámaras y su buen humor característico.

Todo esto es cierto, pero tiende a ocultar otros aspectos importantes de la persona: a Van Dyke, el artista. El director parece y habla como un vaquero; sin embargo, es un artista en toda la extensión de la palabra.

«Y es también un perfecto caballero. Aunque guste de jugar pasadas a todas horas, jamás resulta ni grosero ni vulgar. En el tiempo que lo conozco, no he oído a Van Dyke lanzar un juramento.»



Varias instantáneas de la rubia Jeanette, la cantante milagrosa que nos hizo sentir la emoción de los viejos vales en imágenes arrancadas a tiempos románticos. Jeanette es esbelta, fina y grácil, y aunque un poco olvidada hoy, la más sugerente de las artistas líricas del cinema.



UNA GRAN CANTANTE AL SERVICIO DEL CINE

LA LILY PONS QUE DESCONOCEMOS

por
Miguelida



por la belleza natural de la rocosa Nueva Inglaterra, en donde se encuentra Silvermine—realizó un vasto proyecto de renovación, con el simple expediente de reunir varias amistades de influencia y gustos delicados, quienes aportaron fuertes capitales en la reconstrucción y decorado de las risueñas casas señoriales que yacían dilapidadas, y en la edificación de otras más modernas, que fueron vendidas a personas del mismo rango y de gustos similares.

El sueño del pintor—como pudimos ver al penetrar los linderos de Silvermine—había sido realizado con creces...

La casa de miss Pons podría haber sido trasplantada de una paleta de flores...; aún más, de una paleta embriagadora por el delicado perfume que despedía. Un muro de piedras sueltas, colocadas mano a mano en el estilo tradicional de la región, rodeaba el vasto solar. Vetustos árboles levantaban sus penachos con orgullo, algo disgustados con su asociación de elementos inferiores, perfumados, artísticos... El medio era perfecto, y en ese medio dimos con la estrella—pequeñita y sonriente—que nos había hecho viajar tres horas por planicies y montañas, y a quien por fin encontrábamos a corta distancia, pisando el mismo suelo que nosotros, encantadora y graciosa.

—Quiero que me dispensen—dijo ella estrechando manos—por el desarreglo de mi casa... ¿Me expreso bien? ¿Sí?... ¿No?...

Ella habla buen español, pero con un fuerte acento francés.

Lily Pons, conversando sobre la partitura de su última producción con Andre Kostelanetz, su maestro de música y a la vez, esposo de la diva.

N.Y.-Z. 642

EN noches misteriosas de argentada luna, ¿no han sentido ustedes el ardiente deseo—al dirigir la mirada hacia lo alto—de levantar la mano y tocar alguna de las chispeantes estrellas que adornan la bóveda celestial? La tentación es muy grande... Las estrellas parecen muy cercanas, ¿verdad?, pero, en realidad, están muy lejos...

Lo mismo sucede cuando un repórter trata de entrevistar a una estrella... de cine.

Después de digerir este prelude, ya podrá imaginarse el lector nuestro alborozo cuando recibimos noticia de la Sección Publicidad de la productora Rko-Radio, que al día siguiente—coronando nuestros intensos esfuerzos—podríamos visitar a la encantadora diva francesa Lily Pons, la soprano de voz más exquisita del día, en su finca campestre de Silvermine, del cercano estado de Connecticut, a unos 150 kilómetros de Nueva York.

Nos hacíamos un millar de conjeturas esperando, ansiosamente, el momento de la cita concertada, y dormimos, felices, con la tal noticia bajo la almohada.

A la mañana siguiente, a las ocho y media, nos instalamos, muy acicalados, en los mullidos asientos de un amplio automóvil, e iniciamos nuestro recorrido hacia la mansión estelar de la protagonista del film «Canción de amor».

Cuando el espíritu vuela bajo el impulso alado de una ilusión, todo se ve a través de un cristal de color de rosa. Laborábamos bajo una ilusión—la de conversar con Lily Pons en sus lares hogareños—y por tal motivo no nos incomodó, en absoluto, el trayecto forzado de esa larga isla, ruidosa y férrea, que se llama Manhattan, corazón de la gigantesca urbe neoyorquina. Atravesamos sus arterias en larga carrera, deteniéndonos cuando las luces de tráfico y los poquísimos agentes que encontrábamos así nos lo ordenaban, hasta que, por fin, salimos de la



Varias fotos de esta gran cantante arrancada, por R. K. O. al Metropolitan Opera Company de Nueva York, para lanzarla a la pantalla como protagonista de varias de sus grandes producciones líricas que dirigirá Kostelanetz y supervisará Max Steiner.

ciudad y entramos en el camino abierto, en donde el verde predominaba—en los árboles de las cunetas, en los prados y en las casas—, tonos verdes que reflejaban su espejismo en las lagunas artificiales que cruzábamos de cuando en cuando al atravesar puentes, canchas de ese juego de golf que los viejos comenzaron a practicar a campo abierto, y que ahora juegan los jóvenes sobre alfombras de esmeralda, todo corría a la par de nuestro rápido corcel de engrajes y petróleo, en paz y armonía hacia nuestra entrevista con el ruiñón argentado que se llama Lily Pons.

Ya teníamos antecedentes sobre el pueblecito de Silvermine. Sabíamos que en tiempos no muy lejanos, había caído en completo desuso, forzado por el descenso completo de la agricultura, que era el patrimonio de esa región y cuyo dominio recayó en las extensas praderas meridionales de la meseta central estadounidense. También se nos había dicho que un famoso pintor—atraído



—Bueno, verán ustedes: yo salgo mañana en avión para Hollywood, a donde voy a interpretar una nueva película para la Rko-Radio, y todo en esta su casa está revuelto, ¿me entienden bien?

Nos sentamos en una de las terrazas, frente a las verdosas colinas, y no perdimos tiempo en aceptar la bondadosa invitación de la diva, echando mano a sendos vasos de refrescante que nos ofreció. Eran las doce del día, y para protegerse de los rayos del sol, usaba ella gafas ahumadas, las que se quitó con presteza al ver a nuestro fotógrafo enfocando su cámara portátil. El fotógrafo—ducho en su oficio—observa en silencio, mientras nosotros hablábamos y reíamos.

—Sí, yo pierdo mucho peso trabajando en las películas—nos decía Lily Pons, sonriendo picarescamente—. Estoy muy delgada, ¿pero se acuerdan ustedes de esa escena de la película «Canción de amor», en la que Henry Fonda me levanta como si fuese un saco de serrín? Sí, ¿verdad?, muy bien; pero lo que no saben ustedes, es que yo tenía un miedo horroroso de que el fornido Fonda me soltara y diera con mis huesos en el suelo.

—Pero si usted no está tan flaca que digamos.

—No ahora que peso cincuenta quilos exactos; pero estoy segura que cuando comience yo a trabajar en el «set», con mi propensión a rebajar, perderé mucho peso y no tengo más remedio que comer con frecuencia. Esto me recuerda aquella otra escena en que aparezco robando un pescado para alimentar a Fonda. Por poco me lo como después de freirlo en la sartén.

—¿Así es que era pescado verdadero y no de cartón?—preguntamos.

—Ya lo creo que era pescado vivo. Tristeza me dió tener que freirlo.

—¿Y no le tomó usted miedo a la foca aquella?

—¡Oh, no, no! Pobrecita, tan cariñosa y bullanguera, no sabían qué hacer después con el animalito una vez que lo metieron en el escenario, pues su instinto amistoso la impedía estarse quieta. ¡Ah!, cómo nos divertimos...

Su uso del plural «nos divertimos», nos dió alas para preguntarle algo de carácter personal.

—¿Qué hay de cierto en los rumores sobre el casamiento de usted con su director de música?

—¡Ah!, muy cierto, muy cierto—exclamó la diva con su fuerte pronunciación gala—. André Kostelanetz y yo estamos apalabrados, y cuando él quiera tomarme como esposa, yo seré feliz de casarme con un hombre tan bueno y tan hábil, como músico, que es él.

—¿Y para cuándo serán las bodas?—insistimos.

—Pronto; pero no puedo decirles para cuando, pues de él depende todo.



Este punto de vista, esta psicología matrimonial, nos causó sorpresa escucharla, pues, por lo general, es la mujer en los Estados Unidos quien impone sus condiciones cuando de acercarse al altar de Himeneo se trata.

Llegó un sirviente, y después de cambiar algunas palabras en francés, la diva se excusó. Al regresar le hicimos otra pregunta personal.

—¿Qué le gusta a usted más, cantar en la ópera o actuar en películas?

—A mí me gusta estar siempre ocupada—contestó echando su cabecita hacia atrás—, pues a casi todas mis ocupaciones les encuentro atractivos. Me encanta el contacto con la gente, hablar y reír, pero confieso que el trabajo de películas es muy duro. Pierdo mucho peso, las luces me derriten, sudo mucho y me tienen que retocar el maquillaje una y otra vez. Mamá es lo mismo, le gusta estar siempre ocupada. Kostelanetz también. Lo mismo sucede con Alberto de Gorostiaga, mi profesor de canto. Todos trabajamos como una familia.

Como a toda buena actriz, le satisface más a miss Pons presentarse ante una audiencia real que ante la irreal de la pantalla.

—¿Cuáles son sus planos artísticos para el futuro?

—Espero que para últimos de octubre terminaré mi nueva película en los estudios Rko-Radio, y a continuación regresaré a Nueva York a prepararme para la temporada de ópera del Metropolitano. Después, allá por marzo del año próximo, tendré que ir a Francia, y seguidamente pasaré a la Argentina, también a cantar en la ópera. Probablemente visitaré también Montevideo, pues mis recuerdos de esos lugares son gratísimos.

—¿Le gustan los pueblos latinos?

—¡Oh!, sí, mucho, mucho.

Rebosan sinceridad las palabras de miss Pons. Su entusiasmo era aparente. Claro está. En yanquilandia la aplauden, la celebran, pero en proporciones mesuradas, de acuerdo con el principio de que si nunca silba el norteamericano a un actor de las tablas, o de las películas, tampoco se dejan llevar por el frenesí en sus expresiones de aprobación. Miss Pons, buena artista y de cepa latina, vive, respira y se mueve dentro de los confines de su arte excelso, y es por esto que se siente conmovida ante el delirio que provoca su garganta privilegiada en las cultas audiencias de la América latina.

—Tengo que decirles algo más, pero no lo cuenten.

Aguzamos el oído como ya se imaginará el caro lector.

—Quiero ir al lejano Oriente, a Singapur, la India, China...

Reflexionamos. Pensábamos que la ópera en esos lugares aún no alcanza la popularidad de que goza actualmente en las Américas y en Europa, y así se lo dijimos.

—Pero—explicó ella—. ¿No creen ustedes que yo me merezco un descanso, que tengo derecho a vagar un poco...?

Un relámpago iluminó nuestra mente al oír la palabra «descanso». Pensamos que sería mejor irnos, pues todavía ella tenía que arreglar su equipaje.

Efectivamente, a las dos nos despedíamos y a las cinco de la tarde estábamos de vuelta en el tráfico enloquecedor de Nueva York, y un poquito más tarde recibía nuestra fiel maquinilla de escribir los golpecitos de rigor, después de haber gozado de un descanso de casi un día entero.

Para Lily Pons, su arte. Para nosotros, «nuestros» lectores.

Si ella vive de su buena voz, nosotros vivimos de nuestra maquinilla de escribir.

¡Qué felicidad—para el lector más que nadie—si la maquinilla dispusiera de una garganta como la de Lily Pons, pues de ser así jamás volveríamos a escribir una cuartilla!

Pero eso sí, nadie nos sacaría de la ópera y de los cines en donde se pasan las buenas películas.

Y ahora, a ver qué nos ofrece Lily Pons en su próxima.



PRISIONERO DEL ODIO

CON **WARNER BAXTER** y **GLORIA STUART**

20th
CENTURY
FOX

Se basa este film de John Ford, en la figura más trágica de la historia de los Estados Unidos

CON un realismo verdaderamente poderoso, que no ha sido sobrepasado por ninguna otra producción, 20th Century-Fox presenta en la pantalla «Prisionero del odio», que pronto veremos en las pantallas barcelonesas, cinta que trata de la vida de una de las figuras más trágicas de la historia de los Estados Unidos, la del doctor Samuel Alexander Mudd, hace mucho tiempo sentenciado a presidio perpetuo por ser cómplice de Wilkes Booth en el asesinato del presidente Abraham Lincoln. Los hechos reales del caso, sin embargo, revelan hoy que el doctor Mudd fué completamente inocente de tal crimen, siendo por su valor y sacrificio una de las figuras más heroicas que han existido en los anales históricos de una nación.

Warner Baxter es el intérprete principal de este intenso drama, que comienza poco después de la guerra civil en los Estados Unidos. John Wilkes Booth asesina a Lincoln, y al escapar después de su crimen, se fractura el pie. Huye a Maryland el asesino, y allí el doctor Mudd, sin saber quién era su paciente, cura su pie fracturado, por cuyo acto de clemencia profesional es arrestado, juzgado con los cómplices de Booth y sentenciado a pasar el resto de su vida en uno de los presidios más espantosos, el del Fuerte Jefferson, cerca de Florida, en el Mar Caribe.

Intensamente odiado por sus carceleros, degradado, maltratado cruelmente y encadenado en su lóbrega celda, Baxter, en un momento de desesperación, intenta escapar de su prisión, atravesando el foso lleno de tiburones que la resguarda. El fugitivo es recapturado y, en castigo, sepultado vivo en la mazmorra más horripilante de la isla, de donde es sacado cuando la fiebre amarilla esparce el terror y la muerte entre sus carceleros y los felones de la colonia penal. Baxter, a petición del comandante de la guarnición (Harry Carey), hace frente a la rebelión de los soldados, que se niegan a acercarse a los enfermos, los obliga a ayudar en su obra de salvación y, con el mayor sacrificio, hace que un capitán que no se atrevía a aproximarse a la isla, le traiga los artículos medicinales y las vituallas que necesita para salvar a las víctimas de la fiebre, por cuyo proceder heroico es finalmente perdonado y regresa al seno de su familia. Tal es, en resumen, el argumento de esta emocionante cinta, cuya culminación tiene proporciones épicas.

El director de esta producción es John Ford, uno de los más famosos de Hollywood, y fué producida por Darryl F. Zanuck, siendo intérpretes principales Warner Baxter, Gloria Stuart (que hace de la señora del doctor Mudd), Arthur Byron (Mr. Erickson), Claude Gillingwater (coronel Dyer) y O. P. Heggie (Dr. MacIntyre), además, otros diez y seis buenos intérpretes y más de mil extras.

El escenarista de esta película lo fué Nunnally Johnson, que es considerado como el mejor de todo el elenco de la citada productora.

En cuanto al director, bien sabido es que fué hace poco premiado por la Asociación de Críticos Cinematográficos de New York, en reconocimiento de su excelente trabajo en dicha película. Ford es el mismo que fué aclamado por su magnífica dirección en «El delator».

Es curioso saber cómo se originó este emocionante drama de la pantalla.

Uno de los rasgos característicos de la espectacular carrera de Darryl F. Zanuck, famoso productor de películas, es la forma en que este mago de la pantalla descubrió y mostró en celuloide su última producción, de que venimos hablando.

Una noticia corta, y, al parecer, sin ninguna importancia, fué la que dió origen a este emocionante drama de

la pantalla, siendo ésta la que leyó el productor Zanuck en la revista «Time», la que simplemente mencionaba el nombre del doctor Samuel Alexander Mudd. Zanuck notó inmediatamente las potencialidades dramáticas que ofrecía la vida de este médico de Maryland, y en seguida se puso a buscar más datos acerca de ella; los que demostraron que Mudd fué víctima inocente del odio del populacho de su tiempo, siendo así una de las figuras más trágicas en los anales históricos de los Estados Unidos: un hombre sacrificado por el frenético deseo de venganza de una nación.

Una vez que Zanuck reunió todo el material que necesitaba, llamó al escenarista Nunnally Johnson, y con él dió forma a tan intenso drama. A John Ford, universalmente aclamado por el gran realismo de sus películas, le tocó la tarea de dirigir la nueva cinta, en que Warner Baxter interpreta el papel principal, uno de los más difí-



Varias escenas del film, donde se exponen una sobria sucesión de imágenes, una de las más grandes comedias a lo largo de la historia de los EE. UU.

creativa de primer orden. En primer lugar, a Ford no le importa el asunto de «atracción de taquilla». Cuando él va en busca de un argumento, trata de encontrar uno que tenga la virtud de interesarle primordialmente, para que así pueda darle el soplo de vida y realismo, cualidades que sobresalen tanto en todas sus películas. Es por esto que Hollywood ha sido propenso a decir que Ford se pone enteramente en manos de la Providencia. Un ejemplo elocuente de la cual es su cinta «El delator». El argumento de esta película fué rechazado por todos los estudios de Hollywood, pero un buen día Ford sorprendió al productor en un momento de buen humor y le convenció de que lo aceptase, el resultado de lo cual fué una de las cintas más lucrativas que se produjeron en 1935.

Ford tiene también la peculiaridad de escoger sus intérpretes, no porque sus nombres sean famosos, sino por su adaptabilidad a determinado papel, y en esta forma ha ganado la reputación de ser un verdadero creador de estrellas, razón por la que los actores de Hollywood se disputan el privilegio de tomar parte en sus películas, puesto que comprenden muy bien que con ello no pierden nada, pero, en cambio, pueden ganar muchísimo.

Los objetivos principales de Ford al filmar una película, son veracidad, realismo y convincente interpretación. Ford pensó y planeó durante muchos días antes de filmar la escena de «Prisionero del odio», en la que se reproduce la ejecución de los cómplices de Booth, la que es culminación secundaria de la dicha película. Al tiempo de filmarse este episodio, las víctimas suben al patíbulo en un ambiente lleno del mayor realismo dramático. Al son ronco de los tambores se ve desaparecer a uno de ellos y el lazo que lo ahorca se pone tirante como la cuerda de una guitarra...; sube el segundo condenado y se repite la escena con igual intensidad dramática; pero cuando le toca el turno a la tercera víctima, se oye el grito de horror de una pobre «extra» que se olvidó estar contemplando una representación

cinematográfica y no una ejecución real. Ford tiene la creencia de que «Prisionero del odio» será considerada superior a «El delator», por el audaz realismo y poder dramático que ha logrado infiltrar en el argumento de este film, que está fuera de lo ordinario: la historia auténtica y documentada de una de las más trágicas vidas en los anales históricos de América.

Warner Baxter da una acertada interpretación a su personaje. Macilento, con la barba hirsuta y vestido de harapos, hace su trágica aparición en la pantalla del doctor Mudd. El drama que se desarrolla es tan intensamente vívido, que los espectadores, olvidando que presencian un episodio cinematográfico, son vencidos por la emoción, sienten el terror de la víctima y casi llegan a vociferar de indignación ante la inhumanidad del hombre. Manifestación tan elocuente, muchas veces repetida durante su proyección, es un tributo a los productores de esta emocionante tragedia, ya citados.

Gloria Stuart toma parte por segunda vez en las producciones de 20th Century-Fox al interpretar el papel de la esposa del doctor Mudd, en el que obtiene un éxito rotundo. La anterior película en la que vimos a esta bellísima rubia fué «Soldado profesional», con Victor McLaglen y Freddie Bartholomew.

El hombre malo de la película es John Carradine, que es uno de los elementos más recientes en el elenco de la productora.



Hollywood tiene ahora su propia banda de mercenarios. El comandante de este curioso grupo de actores es Jack Pennick. El regimiento de Pennick está compuesto por ex legionarios y veteranos de muchas guerras, siendo probablemente el único grupo que está completamente familiarizado con todo lo concerniente al arte militar de las naciones del mundo, y de naciones mitológicas también.

J. J. MARISCAL



ANITA SEVILLA



CHARITO LEONÍS



MARÍA ARIAS

PARECE que todo lo que se podría decir sobre la producción nacional, estaría ya dicho y redicho. Sin embargo, después de un poco de reflexión se advierte claramente que el tema está muy lejos de haber sido agotado por sus innumerables comentaristas. No solamente porque éstos se han reducido a voltear en torno a unos centros de interés, a unos

CATALINA BARCENA

BAJO EL SIGNO DE CIFESA

IMAGEN Y REALIDAD

La mujer española en la pantalla nacional



ROSITA DÍAZ



LOLA ASTOLFI

puntos esenciales, alrededor de los cuales se ha concentrado todo el ardor de la lucha, han girado las polémicas, se han dado opiniones. No solamente porque cada día crea nuevos problemas y nuevos aspectos, en los cuales no se había sabido caer antes, sino también porque siempre se pueden hallar nuevos puntos de mira, aspectos nuevos de viejos temas que nos ayuden a poner nuestro granito de arena en la gran obra común.

Hace pocos días que Sylvia Mistral tomó la palabra sobre un tema de cine nacional, que nos servirá de pretexto para nuestro artículo de hoy. Hablaba del tipo racial de actor español. Muy lógico en una mujer. Y sigue siendo lógico, ahora para el hombre, que el crítico hable de la mujer española, tan cantada por literatos y poetas, explotada por pintores y escultores, tema de miles de obras de la literatura universal (recordad esa mujer española, quizá andaluza, que aparece, apasionada, en tantas obras extranjeras).

Habría que discutir previamente si en las producciones extranjeras han sabido dar calor al espíritu femenino de las diversas latitudes. La respuesta debe ser afirmativa: entre cientos de obras de todas las calidades que tienen como tema a la llamada compañera (otros dicen «enemiga») del hombre, no faltan unas cuantas que han enfocado certeramente el diseño.

Es decir, la mujer y el amor. Parece que debiéramos sentirnos pesimistas ante unas palabras de Villegas-López, comentando «Arianna, la joven rusa». Dice: «Y en el amor, que si no es exaltación no es nada, la ausencia latina marca claramente su sitio vacío. Pero esta exaltación dramática no la dará el italiano, con sus amores dantescos y falsos; ni el francés, con su amor dorado, perfumado y frívolo como un bombón; lo dará el español, que es una fuerza de la Naturaleza, como lo es el amor mismo. O el cine español es exaltación, o no es nada. El tiempo lo dirá.»

Desde que Villegas escribió esas palabras, parece que el tiempo «lo ha dicho ya», convirtiendo el futuro condicional en pretérito... actual todavía.

Refiriéndonos a aquella película, podemos decir que es un perfecto retrato de «muchacha moderna, ingenua en su misma complicación espiritual, audaz y tímida al mismo tiempo». ¿Tenemos algún retrato de mujer en nuestra producción que pueda asemejarse en precisión y belleza a éste?

La contestación es más bien negativa. Entre bastantes obras que tienen una mujer como tema central, tenemos que empezar por desechar las que no han alcanzado el mínimo nivel que se ha de exigir a las películas para ser tenidas en cuenta.

Veamos luego que tenemos «La hermana San Sulpicio» y «Morena Clara», en la que si el retrato de la heroína no llega a llenar toda la pantalla (justificando nuestra negación), Imperio Argentina sabe crear dos tipos (o subtipos, señores puristas) de la mujer española acertados a más no poder.

Si examinamos las películas de Benito Perojo, no podemos decir que aparezca la mujer española antes de «La Verbena de la Paloma», donde Casta y Susana, una morena y una rubia, Charito Leonís y Raquel Rodrigo, aciertan con dos tipos de muchachitas madrileñas... muy castizas.

Rosita Díaz, que también trabajó con Perojo, nos ha dado un tipo de española en varias de sus películas con un poco de mezcla de «internacional». Es, hasta cierto punto, una española con el barniz de extranjerismo que toman los hombres y las mujeres por mor de las costumbres del día, llenas de términos ingleses y franceses y de hábitos norteamericanos. Pero en el fondo está la mujer española, una vez más.

¿Y Catalina Barcena? Quizá más flexible, la consideramos capaz para dar valor de realidad a un tipo de mujer española, un poco mayor que las muchachas anteriormente revisadas; pero realmente hasta la fecha no ha tenido el papel que la hacía falta para darnos la comprobación completa que necesitamos. Pero estamos seguros.

Más española es, por ejemplo, Anita Sevilla. O, por mejor decir, más andaluza, con todo su salero y su gracia. ¡Andalucía en una mujer!

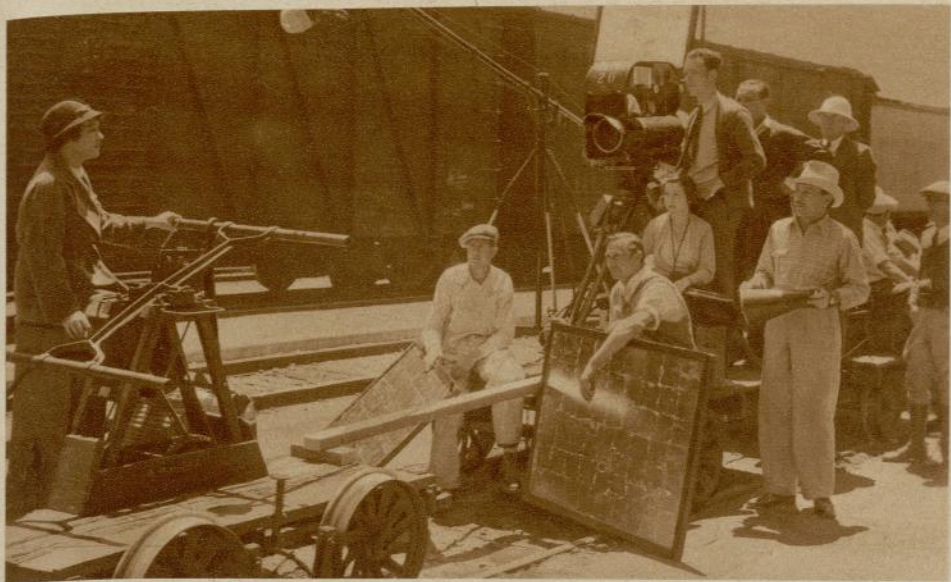
Ahora que como mujer española que en dos adaptaciones de obras del maestro Serrano ha sabido darnos la completa impresión que precisábamos, para estar seguros de que en este aspecto el cine nacional era capaz de crear cosas nuestras, es, sin ningún género de duda, María Arias, que si todavía no ha alcanzado el nombre de todas las otras citadas, lo está alcanzando, y no podemos dudar de que en breve tiempo lo consiga plenamente.

Podríamos seguir todavía revisando actrices españolas, como por ejemplo Lolita Astolfi, que, como todas las otras, trabaja para Cifesa, la gran productora valenciana; pero creo que con estos pocos apuntes, rápidos y concisos, bastan para poder afirmar que si no tenemos un claro retrato de la mujer española en nuestra producción, sí hay varios esbozos, prometedores y alentadores.

El amor... la mujer... Podemos dar como cumplidas las palabras que citábamos al empezar.

EMILIO MURGA LOWERS





Filmando una escena

de cristal o vidrio, de forma circular, delgado por sus bordes y grueso por el centro...

¡Alto ahí! Si cogéis las gafas de papá que es presbita, bueno, dicho más llanamente, tiene la «vista cansada», comprobaréis que efectivamente sigue siendo de cristal y circular, hasta cacharro, si gustáis; pero... tiene los bordes gruesos y más fino el centro.

Pero unas y otras tienen la superficie lisa y redondeada, son como partes de una bola, de una esfera. *Lentes*, según nos enseña la Física, son *medios transparentes terminados por superficies esféricas*. Mejor que «terminados», sería decir «delimitados»; pero bien sabemos que los que se dedican a la ciencia no dominan el arte de escribir.

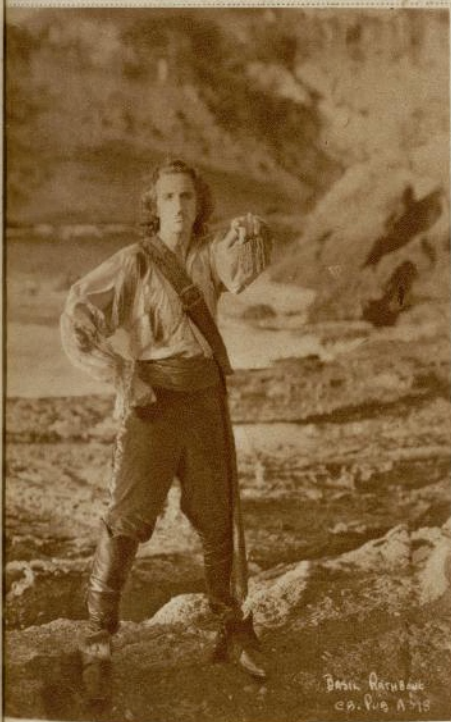
Según su forma, y según la acción que ejercen sobre los rayos luminosos que los atraviesan—continúa la misma Física, insoportable—, serán *convergentes* (de bordes delgados) o *divergentes* (de bordes gruesos).

Archivemos las divergentes, para si las necesitamos más adelante, limitándonos a señalar que sus efectos son opuestos a los producidos por las que tendrán el honor de ocupar por unos momentos nuestra atención.

Volvamos a agarrar nuestra lupa, nuestra lente, que habíamos soltado para echarnos las manos a la cabeza, al asustarnos de tener que tratar con la Física.

¿Qué pasará cuando la luz la atraviese? Nuestra primera intención,

— 20 —



20

dor y al ver a Blood, conternada de espanto, le dijo:

—Yo creía que usted se había marchado. ¡No es posible que se quede aquí! ¡Si mi tío le ve, ocurrirá algo terrible, y él ha desembarcado ya!

Peter Blood la tomó en sus brazos y, sin prestar atención a las advertencias que ella le hacía, le dijo:

—¿Me quieres...? ¿No es verdad?

—¿Cómo puedo negártelo?—contestó Arabella sonrojándose.

Blood, llamando la atención de lord Willoughby, que se encontraba recostado en la baranda del balcón, exclamó:

—Oiga, milord, ¡Arabella me ama!

—luego, hablando casi al oído de Arabella, dijo: —Se me había olvidado comunicarle que el nuevo gobernador, lord Willoughby y yo, somos buenos amigos.

Entretanto, Bishop había llegado a la escalinata de entrada del palacio del gobernador, y allí fué detenido por un soldado.

En ese momento lord Willoughby se acercó, y dirigiéndose a Bishop le dijo:

—Queda arrestado por haber abandonado su puesto, dejando la ciudad sin vigilancia, mientras andaba usted en correrías persiguiendo patos salvajes.

—¿Quién diablos es usted?

—Soy el enviado especial de su majestad el rey William, pero usted tendrá que dar sus disculpas a su excelencia el gobernador, que se encuentra en su despacho.

—¿El gobernador?—murmuró Bishop mientras entraba en el salón contiguo.

Viendo a Arabella de pie junto a un hombre que estaba sentado en la poltrona del gobernador, le dijo:

—Arabella, ¿qué haces aquí?

El capitán Blood, que era el que estaba en el puesto del gobernador, se levantó pausadamente. El coronel rechinó los dientes de rabia. Blood tomó la mano de Arabella, y acercándose a Bishop le dijo:

—¿Cómo está usted, tío?

Con aquellas palabras Bishop entendió que si su sobrina no se había casado ya con Blood, estaba a punto de hacerlo...

FIN

se usaban mucho en las recargadas lámparas de las iglesias, la luz blanca se nos descompone en todo un arco iris, aunque no aparezca como un arco.

El arco nos puede aparecer, experimentalmente, si estamos bien colocados, cuando el sol ilumina las gotas de agua que salpican de un chorro de agua del grifo o de la manga de riego en la calle.

Es debido esto a que la luz roja, por ejemplo, se desvía menos que la anaranjada, y ésta menos que la amarilla, hasta la violada, que es la que tuerce más al cambiar de medio transparente. Por lo tanto, al pasar por un prisma, se separan desigualmente, dándonos una serie de franjas coloreadas que reciben, en su conjunto, el nombre de «espectro solar».

Apuntad, pues, estos dos datos: La luz blanca es mezcla de siete colores. En realidad, son en número indefinido; pero para facilidad de estudio, se ha convenido en distinguir siete. Más adelante hablaremos de otras clases de luz que son «invisibles». ¡Caray!

Y en segundo lugar, que esos colores suelen aparecer en cuanto la luz blanca atraviesa un prisma o cualquier otro objeto transparente que no tenga sus caras planas y paralelas.

Y con esta ciencia aprendida, creo que podemos descansar, mientras preparamos nuestro tercer rollo. "Descanso, cinco minutos".

CAPITULO III

EL PRIMER ENCUENTRO CON LA "IMAGEN"

Sin que previamente suene el timbre para avisar a los que están en los pasillos dedicados a la importantísima función de echar humos por las narices, se apagan las luces y continúa la sesión.

— 17 —



En la escuela de "girls"

17

netrar en su alma para ver si ella comprendía lo que él quería decirle, pero la muchacha dejaba su mirada vagar en el vacío y no parecía sentir el menor interés en su acompañante.

Tratando de despertarla de aquel letargo, Blood comenzó a mostrarle los objetos que había diseminados en el camarote, diciéndole:

—¿Ve estos aros que usan las mujeres para adornarse los tobillos? Proceden de Persia. Estas perlas son de Sudamérica; ese almohadón donde está usted reclinada, es de Maracaibo. Estas faldas de exquisita seda, bordadas en oro y preciosos coloridos... ¡Todo es para ti!—dijo Blood, terminando por tratar con más confianza a Arabella.

—No quiero nada de eso... Jamás aceptaré nada de usted—contestó la muchacha, levantándose como quien desea alejarse de aquel que tiene cerca. Blood se acercó a ella, y Arabella continuó diciéndole:

—¡Ni eso, ni nada robado miserablemente por un ladrón o un pirata! Blood se acercó tanto que estuvo a punto de tomarla en sus brazos, y con pena repitió las palabras que ella había dicho: «¡Ladrón y pirata!»

Hubo un momento de silencio y el joven se atrevió a decir:

—Pero, Arabella..., a pesar de todo...

—Le ruego que no me hable más. ¡Estoy conternada de espanto! He visto cómo es usted en su aspecto de pirata. He presenciado cómo dos ruñanes se disputaban el derecho a retenerme a su antojo. Ahora, lo que quiero es irme de aquí. ¡Le odio a usted y prefiero cualquier cosa antes que estar a merced de su voluntad!

Blood, sin poder contenerse, la tomó por los hombros y la miró en los ojos. Ella, al parecer muda de espanto, no mostró emoción alguna. Blood, agobiado de dolor abandonó el camarote, y a la salida se enfrentó con uno de los piratas que le decía:

—Lord Willoughby, enviado especial del rey, quiere hablar con usted. Dígame que yo no hablo con los amigos del rey—contestó Blood.

Blood subió al puente del barco y dió sus órdenes.

—Leven anclas y suban todas las velas..., quiero llegar lo antes que sea posible a Port Royal.

—¿A Port Royal? ¿Sabe usted que allí está la flota inglesa y que el coronel Bishop le hará pedazos si logra capturarlo?

—¿No ha oído usted mis órdenes? ¡Leven anclas y a Port Royal!

Durante los tres días siguientes, Blood, decepcionado y entristecido, se mantuvo alejado de los prisioneros. Hasta los fie-



Quizá falte alguno que, puesto a jugar con la luz y sus fenómenos, quedó prendido en los rayos luminicos que brotando del apéndice nasal o de los ojos de la vecinita, atravesaron los vidrios y clavaron sus saetas en el corazón del novel experimentador.

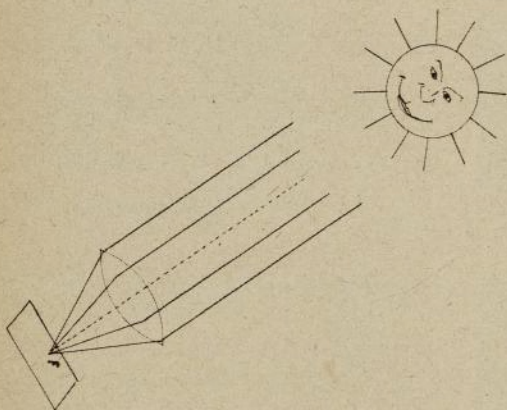
Y no ponga en duda el que cayó en peligrosas redes, aunque no pueda escucharme, por estar dedicado a más agradables ocupaciones, en las cuales intervendrán otros sentidos distintos del de la vista; digo, pues, que no ponga en duda que él no se ha enamorado, por lo menos en el primer momento, más que de unos rayos luminicos, que vinieron a herir su retina, aunque más adelante haya encontrado la correspondencia exacta entre los rayos y la personilla que es su causa.

Todas las personas, todos los animales, todas las cosas, forman una correspondiente *Imagen* retiniana, que es lo que perciben nuestros nervios ópticos. ¿Qué es eso de la imagen? ¿Qué es esa apariencia, en cuyo testimonio nos fundamos mucho más firmemente que sobre los que nos puedan proporcionar los tímpanos auriculares, el paladar, la pituitaria o las papilas táctiles?

Hablábamos antes de dedicarnos por nuestra cuenta y razón a desbaratar sobre los colores, de ciertos cambios más misteriosos que una película de Karloff sufridos por la luz al pasar del aire a otro medio transparente más denso, o viceversa. Es decir, se refracta.

La refracción de la luz la han aprovechado los humanos para fabricar lentes. Muchos sudores les han costado, pero nosotros vamos a aprovechar, a nuestra vez, los suyos

Figura A.—Lo rayos solares se concentran en el «foco» (F) de la lente, después de atravesar ésta



para evitarnos los nuestros.

¿Qué es una lente? Uno de esos redondos objetos de vidrio o cristal que constituyen la esencia de las gafas de los míopes y presbítos (las gafas de color contra el sol tienen unas simples rodajas de cristal), de las lupas de relojeros y filatélicos, así como de los cuenta hilos, y de todos esos aparatos que se han designado con diversos nombres: anteojos, telescopios, microscopios, cámara fotográfica... y cámara y aparato de proyección cinematográficos.

¿No tenéis una lupa en casa? Coged una.

— 18 —

Si acaso carecéis del más rudimentario de los cuentahilos, podéis un hermano míope que os preste sus gafas, intrigado por lo que váis a hacer; lamentando al mismo tiempo quedar desarmado para verlo a la perfección. Si el defecto de sus ojos no es miopía, no sirven sus oculares. Procurad, recomendadlo, exigidlo si es preciso, que vuestro hermano o vuestra hermana, sea míope.

¿Todos los de casa gozáis de excelente vista? ¡Peor para...! Digo... ¡enhorabuena!... Tendréis, así lo espero, un anteojo, sean unos gemelos de compo o de teatro, sea uno de aquellos viejos y larguísimos anteojos que necesitaban de la fuerza de un Sansón y del pulso de un arquero para mantenerlo fijo en el objeto lejano. En cualquiera de ambos casos, quitadle una de las lentes que lo constituyen. Es decir, quitadle la más grande (también se dice, la mayor), que encontréis en él, que estará, como es natural, en el extremo más ancho. ¡Ah! No tratéis de sacarla a martillazos. El vidrio es una cosa muy frágil que tiene la extraña manía de sublevarse cuando se le golpea, rompiéndose en pedazos muy chiquitines y muy monos, pero completamente inútiles. La armadura que los sostiene está atornillada. ¡Desatornilladla, pues! Y no hacer más el tonto.

¿Hecho? Pues manos a la obra. ¿Hace buen sol? No creáis que os habló del tiempo como recurso-tópico de conversación. Procurad que haga sol. En caso necesario, coged de la cocina la escoba y barred las nubes para dejar paso a sus rayos. Así se consigue que ocurra ese fenómeno que en castellano es designado con la enigmática expresión de «hacer Sol».

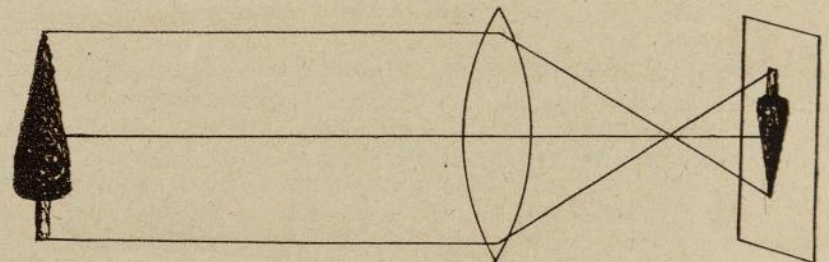
Dejad la escoba, y coged el pedazo de cristal que llamábamos lente.

¿Qué es una lente?

¡Esto!

Caramba, que listo es el nene! ¡Eso es! Ya lo tenemos: Un «cacharro»

Figura B.—Formación de la «imagen» invertida, y de menor tamaño, en una lente convergente.



— 19 —

les amigos de sus días más angustiosos habían sido rechazados cuando habían tratado de penetrar la causa de su pena. Así llegaron a un punto desde el cual se divisaba Port Royal, y el vigía presuroso se acercó a Blood diciéndole:

—Capitán Blood, ya vemos a Port Royal; pero algo ocurre, veo los fogonazos de los cañones.

Blood tomó los anteojos de larga vista de manos de Wolverstone y mirando por unos instantes hacia la costa, dijo:

—Están cañoneando la fortaleza. Quizá sean piratas. Los barcos tienen banderas francesas.

Luego, plantándose enérgico en medio de la cubierta gritó:

—Corneta, toque llamada...; todo el mundo aquí ante mí, inmediatamente.

En este momento, lord Willoughby puso la mano sobre el hombro de Blood y le dijo:

—Francia e Inglaterra están en guerra. ¡Esa debe ser la flota francesa atacando!

—¿Dice usted que Inglaterra y Francia están en guerra?—exclamó Blood.

—No lo sabía usted? Eso era lo que quería decirle, pero usted no quiso oírme.

Y lord Willoughby preguntó:

—¿Dónde diablos estará la flota de Bishop que no defiende esa costa?

—¡Ah! Eso es algo que yo puedo contestarle... ¡Seguramente que Bishop anda por ahí con su flota buscándome a mí... sin saber que estoy aquí tan cerca!—contestó Blood.

Arabella se había despertado con la llamada de corneta y acudió también a la cubierta. Blood, al verla allí le dijo:

—Señorita Bishop, quería haberla llevado hasta el muelle de Port Royal, según sus deseos; pero una imprevista circunstancia me priva de ese placer. Sin embargo, la desembarcaré en la playa más próxima. La dejo en libertad y también ceso de ser su esclavo, para quedar convertido en dueño de mi destino, aunque éste sea el de un ladrón y un pirata.

—Yo... yo...—murmuró Arabella, pero las palabras se ahogaban en su garganta debido a la angustia que sentía su corazón.



Willoughby, que admiraba la valentía de Blood, dirigiéndose a él, dijo:

—¡Usted..., un inglés! ¿Cómo puede convertirse en un desertor y abandonar estas playas viendo que la ciudad es atacada brutalmente? Este es el documento que quería entregarle al hablarle de Inglaterra; pero usted no quiso oírme. Es del rey William.

—Y, ¿quién diablos es ese rey?—preguntó Blood, tratando de hacerse el indiferente; pero sintiéndose en verdad emocionado por el giro que iban tomando los acontecimientos.

—William es el rey que hizo que el odiado James tuviera que abdicar y refugiarse en Francia, y ese documento que le he entregado es el perdón del rey para usted y sus amigos.

Sin creer lo que veía, Blood desenrolló el documento y al fijar sus miradas en el contenido del mismo, exclamó gozoso:

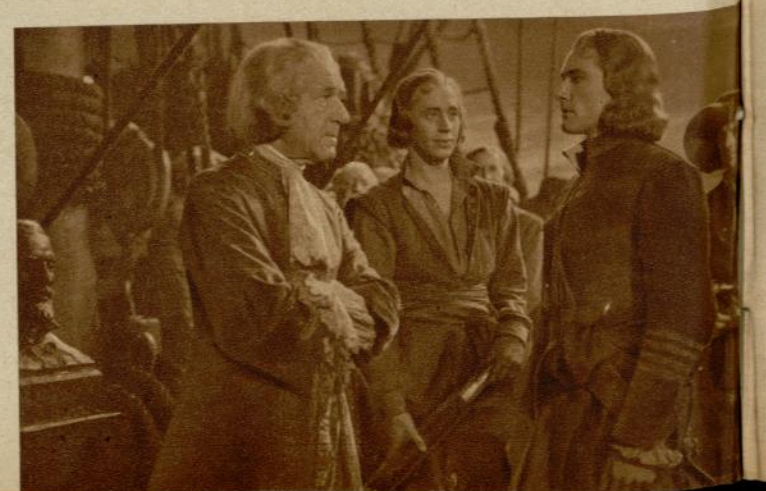
—¡Camaradas! ¡El rey James ha sido destronado...! ¡Suban las velas! ¡Preparen los cañones! ¡A izar las banderas inglesas! ¡Es hora de entrar en combate y defender nuestra nación! ¡Viva el rey!

Poco después, Arabella había sido embarcada en uno de los botes y protegida por una bandera blanca era llevada a la orilla; pero lord Willoughby prefirió quedarse en la nave para luchar hasta el final. Blood hizo un movimiento estratégico y temerario: colocando su nave entre las dos fragatas enemigas, las cañoneó desde ambos lados de su barco, logrando hundirlas. Luego, cuando ellos estaban amenazados de hundirse por las averías recibidas en el combate, Blood hizo que se acercara su nave a una tercera de las naves enemigas, y sus hombres efectuaron el abordaje. Una sangrienta batalla cuerpo a cuerpo tuvo efecto antes de que los contrincantes se dieran por vencidos; pero los hombres de Blood habían sido templados en el fuego de la adversidad y en una terrorífica aventura en que todos se jugaron la vida, Blood obtuvo una completa victoria para los ingleses.

Lord Willoughby estaba delirante de entusiasmo con aquel hecho de armas, que le valdría mucho crédito en el Almirantazgo de Inglaterra.

En breve lord Willoughby entraba en el palacio del gobernador, acompañado de Peter Blood, entretanto que las tres naves de la flota de Bishop ganaban la bahía y con arrogancia se acercaban a los muelles.

Arabella llegó al palacio del goberna-



ACTORES DE YANQUILANDIA

TOM BROWN

TOM BROWN, el joven galán norteamericano y excelente actor que trabaja para la Paramount, vive con sus padres en una modesta casa cerca de la imponente construcción conocida en Los Angeles por el nombre de Sunset Towers. Su vida es más humilde que no otra cosa, lejos del esplendor en que se desarrolla la de otros muchos artistas cinematográficos, que, por lo visto, parece como que quieren dar razón a la leyenda dorada de la Meca del Séptimo Arte, que nos la presenta como la Octava maravilla del mundo, compitiendo en esplendor y en fiestas con las más célebres ciudades del Antiguo y del Nuevo Mundo. El jardín de la casa encierra el árbol más viejo de la ciudad de Los Angeles, motivo de admiración para los visitantes que entran en casa de Tom Brown y legítimo orgullo para su poseedor, que se enorgullece de poder contarles que tiene cerca de los doscientos años. Legítimo orgullo, aunque Tom no haya tomado parte en la obra, porque el saber conservar tal tesoro, ya es motivo para ello.

Entre sus vecinos figuran Mary Carlisle, Dorothy Wilson, Frances Drake y Henry Wilcoxon, y como le agrada mucho poder conversar de jardín a jardín, lo hace cuanto puede con las dos primeras, que son sus más próximas vecinas, y visita de cuando en cuando a Wilcoxon, que es un buen amigo suyo.

Los padres del muchacho trabajaron en el teatro en épocas ya pretéritas, legando a su vástago el afán por la representación y las cualidades histriónicas, que también dió sus primeros pasos por un tablado teatral, como les ocurrió a muchas hoy estrellas.

Tom conserva los nombres de los admiradores que le escriben, por lo cual es fama que es el mayor comprador de grandes cuadernos que tienen las papelerías hollywoodenses, pues tiene docenas de ellos llenos de los nombres y direcciones de todos los que se han dirigido a él. Con frecuencia repite que ninguna casa comercial tiene las direcciones de tantos ciudadanos del orbe como las que él posee.

Es un chico muy hábil: él mismo se decoró su dormitorio, a un lado del patio, con objetos relacionados con él, buscados por él mismo durante semanas enteras, pintando también la habitación y eligiendo y disponiendo el mobiliaje.

Como bien sabéis los que le habéis visto en el cine y leído las descripciones que de él se han hecho, tiene el cabello castaño, los ojos azules y está muy tostado por las caricias de los rayos solares. Tomar el sol en la playa, o mientras practica algún deporte veraniego, es una de las principales distracciones a que se entrega, pues cree que la acción de los rayos ultravioleta del espectro solar es muy útil para la salud y la conservación de la alegría y la juventud. Debiera parecer que todavía es muy pronto para tratar de conservar esta última, pero dice bien que no debe esperar a «tener que recuperarla», para «tratar de conservarla».

Esto quiere decir que Tom es un chico reflexivo, que sabe lo que se quiere y lo que hace, y que no es atolondrado en manera alguna, aunque sus modos y su aspecto pudieran asemejarle a un chiquillo.

Sus deportes favoritos son el tenis y la natación. El primero porque le cree un ejercicio suave y completo, que presta agilidad a todos los músculos, permitiéndole estar siempre en forma para sus trabajos filmicos. El segundo, ejercicio que precisa más vigor para sostenerlo durante cierto tiempo, es, cree él, lo mejor que puede hacer quien ama al mar. En ambos destaca entre



la colonia cinematográfica, pero sobre todo en la segunda.

Otro deporte que practica, es completamente casero: el ping-pong, en el cual cuentan las crónicas que es también un «as». Y no hace falta poca habilidad para dominar la nerviosa pelotita, que se empeña en escaparse de la paleta del aficionado torpe.

Tira al blanco con certera puntería, pero afirma que se vería en un compromiso si, en el caso de una guerra, tuviera que tirar a un blanco humano, pues le repugnaría verter la más mínima parte de la sangre de un semejante suyo, aunque le tuviera el más grande de los rencores.

Acaba de cumplir veintidós años, y, a pesar de esa edad, insiste en que ha dejado de ser un actor juvenil. No es nuestro propósito discutirle ahora sus opiniones, tanto más cuanto que, por su manera profunda, seria y acabada

de trabajar, es posible que tenga la razón. Mide ciento setenta y cinco centímetros de estatura, que da la casualidad que es exactamente la misma del que escribe estas líneas. Además de esa estatura muy aceptable, sin ser desmesurada, posee un cuerpo bien proporcionado, lo

que puede interesar mucho a las muchachas, sus admiradoras.

Le gustaría interpretar papeles como los de Jimmy Cagney, al que admira, pero considera que puede hacerlo tan bien como él. Y no comprende por qué los productores no le han dado un papel de ese estilo.

A raíz de su éxito en «La última singladura» («Annapolis farewell»), obtuvo un contrato de larga duración con la Paramount, para la que sigue trabajando, satisfecho de la vida y del trabajo.

Recientemente terminó su actuación en «I'd Give my Life», con Frances Drake, a la que admira mucho, aunque sólo fuera como vecina suya. La citada película es una producción de Richard A. Rowland, que está obteniendo un gran éxito en Norteamérica.

Posee un perro y un loro, pero, en general, no le gustan las personas que tienen animales en casa, dedicándoles un cariño que considera estaría mejor dedicado a las personas.

No tiene novia, ni muchas ganas de ella; pero no tiene inconveniente en salir con frecuencia con muchachas de su edad, sin haber demostrado hasta la fecha preferencia por ninguna.

Y, por último, el papel que interpreta en «I'd Give my Life» («Yo he dado mi vida»), es el de un aviador.

V. GÓMEZ DE ENTERRÍA

QUINTO Capítulo! Parece que suenan campanas de novedad... y de nostalgia. Es como traer algo nuevo, palabras profundas y sonoras, descubrimiento de nuevos aspectos a un problema, a un suceso, a una persona de otros tiempos, o, por lo más bajo, que en aquellos que vimos vivir.

Y no hay nada de eso. El Quinto Capítulo no es más que la esencia de una conversación sostenida hace cosa de un año o muy poco menos, que, por casualidad, descubrí hace cinco días que era el capítulo que no sabía escribir de una historia que proyecté hace algún tiempo (historia para la que me faltaba documentación para los cuatro primeros).

Al tratar de relatar otra recientemente, paralela a la mencionada (quizá fuera, sin yo saberlo, la misma), dudé de utilizarlo como material primo. Es decir, en una terminología un poco convencional, «desarrollarla en forma de Quinto Capítulo». ¿Era natural mi duda! Temía ser sacrilego.

Y temía más avanzar demasiado de prisa, sin darme cuenta de que había errado el sendero y caminaba perdido. Mis temores fueron inútiles y excesivos. Estaba en lo cierto.

* * * *

Cuando la ameba, como otros muchos de los protozoos, ha crecido lo suficiente, ha alcanzado el extremo norte de su caudal, hace desviar éste en dos ramas: se divide. Da la mitad de sí mismo para crear un nuevo ser. (Más verdad sería, como me discutiría el más modesto de los biólogos, decir que se ha dado toda entera para dar vida a dos nuevos amibos, dos hijos; pero, conservando la ilusión, crearemos que su «espíritu» pasa íntegro a uno de ellos, mientras el otro sólo recibe las últimas y lejanas vibraciones armónicas de sus ondas.)

Ese proceso se repite muchas veces. La ameba crea incesantemente, puebla las aguas con sus descendientes.

Pero la fecundidad sin fertilizante termina pronto. Se precisa de la conjugación para reponer las fuerzas, para huir de la vejez y alejar la muerte.

Después de haber dado al mundo acuático sus obras, el amibo se siente cansado, gastado. Ya no es más que una arrugada sombra, próxima a la muerte. Camina con torpeza a través del agua, apenas sin energía para cazar el alimento. Sus pseudópodos se estiran sin destreza ni elasticidad. Repite a todos los conocidos que se halla en el camino: «Estoy cansado». Si es inglés, como en las películas: «I'm tired». Y mueve (o lo pretende) a compasión el desánimo que acompaña al «Estoy cansado», la desgana con que lo pronuncia. Parece próximo al agotamiento final, al aniquilamiento.

En el camino, en uno de esos caminos que también tiene el agua y sólo las amibas conocen, se halla a un compañero, tan rendido como él. Se detienen y se saludan. Conversan. Y el amor los une, aunque sea un puro amor... de conveniencia. Se aproximan, se besan, se estrechan para unir la vejez de uno a la vejez del otro, para reunir sus cansancios. Y más amorosos que los humanos, hacen de dos almas y de dos cuerpos un solo cuerpo y un solo espíritu, lo que nunca ocurre en la vida del hombre.

Y han renacido los dos, al soplo del amor, para rejuvenecerse y poder continuar dando vida a otras amebas.

* * * *

El tema ha tenido, nominalmente al menos, mucho lugar en la pantalla. Pero no sabría recordar un solo título, una sola escena o pasaje donde se halle de verdad.

No me he detenido mucho tiempo en pensar en el valor del símbolo y ni siquiera de lo representado, conservador de palabras vacías de todo contenido y de todo sentido. Para mí, y es el único aspecto en que me interesa, es la consecución de una especie de cuartel general, de donde salimos de operaciones y a donde volvemos a refugiarnos cuando lo precisamos. Más aún, porque el refugio es inexpugnable... o por lo menos así queremos creerle.

Y eso nos defiende y nos sostiene.

* * * *

Pero lo que muchos no han sabido ver es que cuesta muchos sacrificios.

¡Los amibos han de dar su vida por la obra, capaz de generaciones sucesivas!

El hombre ha de darla también. Y muchas veces para que no se la quiten ni se la absorban.

Ese es el gran error de muchos: creer que recibirán sin

dar nada. Error que se compensa con la generosidad inconsciente de otros que, aunque no lo quieran, dan todo para no conseguir la conjugación adecuada, o dan vida a un feto sin posibilidades de vida.

Y nacen dos tópicos más, opuestos, viejos como el mundo, eternos como Dios.

* * * *

Alberto Mar nació cansado. Con ese cansancio especial que no se ve más que cuando se le ha visto recorrer cientos de kilómetros de una ojeada, pues marcha como si no lo estuviera.

Por eso, cuando de pequeño quiso trazar sus primeros papeles literarios, ya se vio en ellos el tema del caminante, rendido de tanto andar, y que, sin embargo, no puede tenerse en la altura que le atrae. ¡Ha de seguir!

Y el caminante marcha, con su carga abrumadora de recuerdos (mil veces peor que el desgastado calzado, que todo el equipaje, que los callos de los pies), sin poderse parar, para echar un vistazo a lo que queda atrás.

Lleno de nostalgias de «aquellos árboles exóticos que nunca vimos», tanto como del camino que recorrió.

No ya un edificio monumental, sea una catedral o un capitolio. Si es una vista urbana, será quizá un gran parque, con jardines que forman cuatro grandes cuadriláteros que forman un rectángulo, en cuyo centro hay una fuente o una estatua. Árboles en los cuadriláteros herbáceos. Paseos por entre ellos. Grandes edificios modernos al fondo, en perfecta formación.

Si es en el campo, ama el caminante aquel recuerdo de un valle apenas marcado, apenas entrevisto al pasar. Unas palmeras en primer término, sin llegar a ocultarle las suaves ondulaciones del terreno cubiertas de vegetación. El valle se inclina hacia abajo, desde donde lo vio el observador. No se ven edificios. Si grupos numerosos de árboles, que no llegan a formar bosques. El fondo, no muy accidentado, se recorta brumoso sobre el cielo claro.

Marcha. Con sueños que le tapan la realidad.

Con una realidad que lo deja soñar.

Con sed que no puede saciarse, porque no tiene tiempo de paladear el agua.

* * * *

Y cuentan las crónicas que un día encontró la altura en que pudo detenerse.

En aquella altura, donde había agua y comida, que nadie pensaba cogería el peregrino, se detuvo éste a comer y beber. Echó después la siesta de la tarde, cosa que no había hecho después de los tres años; lió el primer pitillo de tabaco, tendió la primera mirada alrededor, buscó leña, encendió lumbre, volvió a comer y se durmió, luego de haber echado un vistazo a las estrellas.

¡Había llegado!

Pero, ¡Dios! ¡En qué estado!

Era el capítulo anterior al epílogo.

Un poco más y...

No tuvo tiempo de pensarlo, porque ya al día siguiente tenía que reemprender la marcha. Entonces, era más joven; cantaba, saltaba (poco, para no gastar los zapatos nuevos que estaban debajo del último pan), hablaba consigo mismo y hasta se permitía reír de vez en cuando. Otras veces se irritaba, pero pronto, calmado por la fuerza que le acompañaba, se calmaba de nuevo.

Y seguirá andando, sin mirar hacia atrás, porque ahora iba a recorrer de nuevo el cinturón kilométrico que ya anduvo una vez.

Esta vez sería más calmado en la visita, porque tenía tiempo para dar la vuelta, fuerza para sofrenar la inquietud y esperanza de llegar a morir en el mismo otero.

Ya nadie le empujaba a correr.

La fuerza fué su solo compañero en todo el camino.

Hasta que llegó un día en que él fué la fuerza, y la fuerza, envejecida, se apoyó en el hombre.

Y el uno y la otra, sosteniéndose mutuamente, cumplieron en paz su ciclo.

«El que aquí yace pudo haber sido...», dijo el epitafio hipocrita y tardíamente halagador.

* * * *

El tema permite muchas reiteraciones, que el espacio, por fortuna y en su propio beneficio, me impide acometer.

ALBERTO MAR

insisten en llevar el de sus respectivos esposos fuera de él. Así, por ejemplo, Claudette Colbert es miss Colbert para el personal del estudio de la Paramount, y para varios de sus compañeros de «La doncella de Salem», que se está filmando actualmente, es sencillamente Claudette. Pero en cuanto su automóvil deja atrás las puertas del estudio, se convierte en la señora Pressman, esposa del doctor Joel Pressman.

* * * *

Una novata, recién llegada a Hollywood, ha sido escogida por Cecil B. De Mille para interpretar el papel de Luisa Cody en «El llanero». De Mille la vió en un restaurant y la contrató en el acto. Se llama Helen Burgess. Después de este episodio, De Mille provocará una revolución cada vez que entre en un restaurant.

* * * *

Lo cual nos trae a la memoria el incidente ocurrido a una camarera de un restaurant de Hollywood, que se quedó tan sorprendida al ver que Bing Crosby se sentaba a una de sus mesas, que dejó caer una bandeja llena de vajilla. Bing salió ileso, pero su hermano Larry absorbió en su traje una parte del consomé. ¿Qué pasaría si De Mille se sentara en una de las mesas de esta nerviosa muchacha?

Recortes de celuloide

La fotografía en manos de la vampiressa

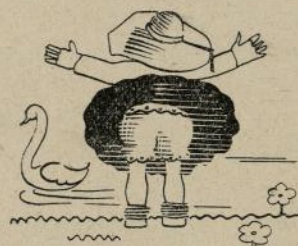
Marlene Dietrich es otra entusiasta de la cámara. Tiene una colección notable de aparatos y ha reunido centenares de fotografías interesantes de su casa y del estudio.



A las visitas, también les enseña la colección. Los visitantes se deshacen en cumplidos sobre la belleza y la perfección de cada fotografía, elogiando la habilidad y buen gusto de Marlene. Al final, ésta suelta como al descuido el que ninguna la ha hecho ella misma, y los visitantes, que se han gastado ocho litros y medio de saliva, se tienen que ir más corridos que una mona.

¿Nada más?

Una información procedente de Hollywood dice que 54 producciones de largo metraje formarán el programa de la 20th Century-Fox para 1937. Entre estas películas figura una de



la pequeña estrella Shirley Temple, que se asegura será sensacional, pues en ella la pequeña-grande actriz hablará y cantará en chino.

¿Nada más una? ¡Vaya, señores míos! Ya cambiarán de opinión, ¿verdad? Y una observación sin importancia: si la pequeña actriz hablará en chino, ¿quién la entenderá?

¿Será posible?

Asegura la misma información que los directores de la empresa han procurado buscar nuevos temas para sus películas,



por lo cual dicho programa se apartará notablemente de los asuntos trillados en la pantalla.

Descubrimos ahora que hay temas filmicos que están sin trillar. Cuando nosotros, ingenios, creíamos que todos estaban trillados, molidos, amasados, comidos, digeridos y asimilados.

Miedo y diversión

Se prevé que las compañías cinematográficas norteamericanas obtendrán en la próxima campaña, especialmente durante los meses de invierno, ingresos de un volumen tan



grande como los que obtuvieron en los tiempos de superabundancia que precedieron al desastre financiero de 1929, 1930 y 1931. No se puede dejar de tener en cuenta que esta notable mejoría en el negocio del espectáculo se debe a la mayor holgura que cada día va encontrando el pueblo norteamericano. Vuelven a funcionar industrias paralizadas por

Informaciones



Dicen que Greta Garbo tiene los pies grandes..., pero nadie tiene en cuenta que es una mujer alta y que son muchas las actrices de Hollywood que calzan su medida. Gail Patrick, que es tan alta como Greta, usa zapatos de igual número. «Si tuviera los pies más chicos—dice Gail, que actualmente está trabajando en «La prueba acusadora», estaría desproporcionada, y lo mismo puede decirse de Greta», añade la bellísima actriz.

* * * *

Hollywood ha tenido que inventar un sistema para las actrices casadas que cuando franquean las puertas de un estudio responden al nombre que han hecho famoso, pero que

la crisis, y se estima que se ha retornado ya a un nivel comprendido entre el 80 y el 90 por ciento de la actividad normal antes de la depresión. La gente trabaja de nuevo, prospera, y el resultado se advierte mejor que en ningún otro campo en el de las diversiones...

Claro que es un rasgo de humorismo llamar "diversión" a un arte donde vemos frecuentemente películas protagonizadas por Boris Karloff y Bela Lugosi. ¡Nos morimos de miedo! O, ¿no tendrán razón, y será de risa?

Y así todo se arregla...

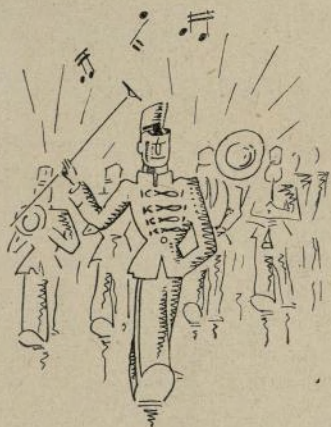
Comentario de una película: A través de los helados páramos—¡Qué bien suena!—de cierta región canadiense, peregrina, huyendo, una joven, resuelta a salvar a su padre de un injusto castigo. Su dramática odisea, henchida de interés novelesco, termina cuando, al ser alcanzada por el brazo de la justicia, la joven se rinde al hechizo de un amor noble y generoso.



¡No está mal! La justicia resulta ser "un amor noble y generoso"... Será cosa de cometer un crimen para entregarse en sus brazos. Claro que la receta no sirve para el Pregonero, pues, en las novelas de James Oliver Curwood, la justicia, como aplicada por hombres, sólo es amorosa para las mujeres.

La princesa encantadora

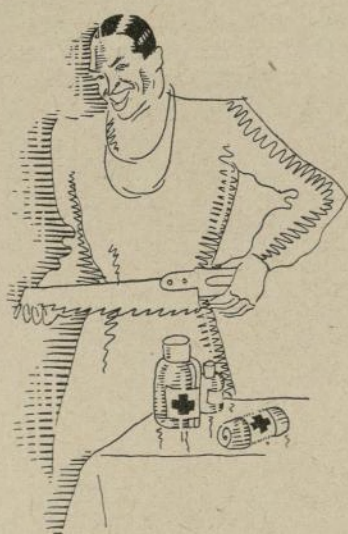
Comentario de otra película: Presenta al rey Francisco José, cuando éste era joven—¿Pero fué joven alguna vez?—y se procuraba buscarle esposa. Esta será la princesa Helena, hija del rey de Baviera y enamorada de un oficial de la guardia. Su hermana Isabel se propone librarla de este compromiso y, fingiendo ser una modistilla, entra en pala-



cio, cautiva al joven emperador y termina casándose con él. Y todos tan conformes. La princesa Isabel porque "libra a su hermana del compromiso" y asciende a la categoría de emperatriz. Su hermanita porque se casa con su amor... que, naturalmente, no será un simple oficial, sino que tendrá un acreditado título y ascenderá a comandante de la guardia. Los protocolos porque, contra lo que se creía, la modistilla no era tal, sino una princesa de sangre real. Y el público porque... ¿por qué quedará satisfecho el público?

El asesinato del doctor

Y tercer comentario: La acción gira en torno de las peripecias que pasa un médico, quien debe resolver una serie de asesinatos, provocados por una droga desconocida. Película policíaca, de apasionante intriga, basada en un argumento de Miguel C. Eberhart.



Indudablemente, el problema es demasiado fácil de resolver. Se trata de un colega que le hace la competencia. O, ¿no se tratará de que los muertos que él hace en la práctica de su profesión no los reconozca como víctimas de su ciencia? Porque hay doctores terriblemente modestos.

"LAS MALAS PASIONES"

Síntesis novelada, escrita expresamente para "Popular Film"

(Conclusión)

Esa era la verdad.

La terrible certeza la crispó inmóvil. Sintió un horrible vacío en su interior, como si su corazón se deshiciera lentamente, licuado de lágrimas.

—Déjeme sola—suplicó—. Si lo preciso, ya la llamaré... Vaya.

Con el rostro hundido entre las manos, lloró silenciosamente. Nunca supo cuánto tiempo pasó así. La casa estaba envuelta en silencio cuando Isabel de Lizcano se estremeció en el lecho y saltó de él con agilidad felina: había sentido el girar de una llave en la puerta del despacho de su esposo.

Envolvióse rápidamente en una bata y salió tambaleante. Seguramente era muy tarde, porque no había ningún criado, todos dormían.

Le temblaban las piernas y sentíase otra vez abrasada por la fiebre.

Vió un hilillo de luz en el despacho y fué abriendo la puerta suavemente. Su corazón martilleaba bajo el seno desnudo. Los ojos brillantes de lágrimas, miraban con extravío.

—Alfredo...

Parecía una vestal, inmóvil, blanquísima, destacándose casi desnuda en el marco de la puerta. Su voz vibró de nuevo en el silencio.

—Alfredo.

Yacía él en un sofá, con la cabeza apretada entre las manos.

—¿Tú?

Se irguió temblando de cólera, pero algo debió ver en ella, que aplacó su arranque.

—¿Qué quieres?

Miráronse de pupila a pupila, buscándose el alma. Ella no acertó a hablar, su voz se ahogó en un sollozo y fué cayendo a los pies del marido, con los brazos tendidos en ademán implorante.

El doctor Lizcano la contemplaba ya sin odio, con profunda tristeza en la que aún latía un resto de ternura. Sin embargo, no hizo un gesto ni varió en su actitud fría y reservada. ¿Qué quería esa mujer que lo había deshonrado y que ahora le ponía en trance de muerte, sin que por eso quedara purificada su honra? ¿Iba a mentirle nuevamente? ¿Otra comedia?

—Pero, ¿qué quieres?

Ella no respondía, lloraba convulsivamente y sus manos enflaquecidas seguían implorando en el aire; eran como un temblor de alas de palomas.

El silencio, cortado por esos sollozos, se tornaba cada vez más pesado, desesperante.

Los pasos de él, yendo y viniendo de uno a otro extremo de la sala, resonaban como aldabonazos.

Era impresionante el temblor convulsivo de aquel cuerpo semidesnudo, que destacaba su blancura y su belleza en la alfombra roja. Al fin, fué incorporándose y dejóse caer en un sillón.

Con acento quejumbroso, que escapaba de la garganta como saltando sobre lágrimas, habló desnudando su alma que por momentos ni ella supo comprender.

—Soy una miserable, no lo niego; despréciamme, pisotéame, y aun si me pegaras, poco sería en relación al mucho daño que te hice. Pero, ¿es que he sido yo, Alfredo? Si yo te quiero, si te he querido siempre... Hay otra mujer en mí, hay otro corazón, que no es este con el que yo sufro tanto... Tengo dos almas. Compréndeme... me dejaste en la soledad... La otra alma, la otra mujer que vive en mí, se entregó a otro hombre por despecho, por rencor, por odio... Pero yo te amaba siempre, te amaré... De cada entrevista escapaba con la muerte en el alma... Juraba no volver... Sentía asco de mí misma, asco y vergüenza, ¿comprendes?, y, sin embargo, al otro día corría a prostituirme con verdadera furia... Ese demonio de lujuria que atentaba en mi sangre me enloquecía... ¿Por qué me abandonabas? ¿Por qué a la primera sospecha te alejaste de mí?

El doctor Lizcano escuchaba esas quejas sin parecer conmoverse. Contraído el ceño, lívido, inmóvil, cerraba los ojos pertinaz.

—Y ahora... ¿vas a batirme? No..., no..., no lo quiero... no...

Irguióse vibrante y voluntariosa.

—No... Yo hablaré a... ese miserable.

Su marido sonrió con fina ironía.

—Es posible que te esté esperando—dijo con voz silbante, acerada.

La faz palidísima de Isabel distendióse en un gesto de amargo asombro.

—¿Aún me insultas?—gimió con una queja profunda en su voz desfalleciente.

Se hizo el silencio, cortado a intervalos por los sollozos y los jadeos de ella.

—Bueno, basta, déjame—ordenó al fin—. Tengo que trabajar aún en las pocas horas de vida que me quedan. Tu amante es todo un buen tirador y seguramente yo seré un blanco admirable...

—Alfredo...

—Vete.

Su mirada sarcástica la siguió al salir y rehuyó cruzarse con la dolorosa de ella al cerrar la puerta.

La infeliz siguió andando rígida, desfalleciente.

En su cuarto reaccionó, vistiéndose de prisa, y se aterrorizó al ver su faz cadavérica frente al espejo.

—Parezco una moribunda—murmuró sonriendo con mortal tristeza.

Minutos después escapaba de la casa teniendo a veces que recostarse en las paredes para no caer. Su debilidad era extrema.

Temblaba azorada y se mordía los labios hasta sangrarlos para no llorar a gritos. Pasó un taxi y lo tomó.

—Tallari, 27...—ordenó desfalleciente.

—Dios mío, dame fuerzas, dame fuerzas—gemía sintiéndose desfallecer. Brillaban sus pupilas con la luz blanca y radiosa que sabe iluminar los ojos afebrados de los locos y de los mártires.

—Hemos llegado, señora.

Penetró en el palacio de Balmes por la puertecita falsa que siempre utilizaba. Pensaba que era providencial que él le hubiera dado la llave días antes. Desde el hall vió luz en la puerta del gabinete íntimo.

—El destino me ayuda—murmuró.

Suavemente entreabrió la puerta.

Balmes, reclinado en un sofá, leía un libro, paladeando una copa de licor. No se advertía la menor preocupación en su rostro.

Isabel de Lizcano recordó entonces las palabras de su marido. «Seguramente yo seré un blanco admirable.»

La cólera la hizo avanzar con brusquedad.

—Luis.

—¿Eh? ¿Tú? ¿No era que estabas enferma? ¿Y a esta hora? Pero, querida, ¿qué locura es esta?

—Menos palabras, Luis—exclamó ella suplicante— Ven a impedirte que cometas un crimen.

—¿Eh?

—Un crimen, sí; no disimules. Sé que dentro de pocas horas debes batirte con Alfredo. Aunque niegues, yo lo afirmo, lo sé.

—¿El te lo dijo?—interrogó Balmes finamente burlón.

—No, no lo pienso. Pero no vengo a discutir esto contigo. Mira, Luis: me has deshonrado, me has prostituído ante tí y ante mí misma, me has hecho mucho mal, mucho; pero todo he de perdonártelo si te niegas a batirte con Alfredo. Sé bueno, accede.

—Pides un imposible—replicó él secamente.

—Pido lo justo. Tú has escarnecido su nombre, ¿y aún te crees con derecho a quitarle la vida?

—O que me la quite él, que también puede ser.

—No, bien lo sabes... Tú eres un duelista y el pobre Alfredo es...

—Un infeliz—murmuró rabioso Balmes, sin advertir el gesto de cólera que contrajo el rostro de su amante. Aún perduraba en él el escozor de la tremenda bofetada que recibiera.

—Y tú un miserable—gritó la dama irguiéndose vibrante de indignación—. Tú un miserable, repito, y te aseguro que no cometerás ese crimen, te juro que yo lo impediré.

—Isabel.

Un diminuto revólver centelleó en la diestra de Isabel de Lizcano.

—Isabel.

—¿Te batirás o no?

Al primer gesto de sorpresa, sucedió en el rostro de Balmes una sonrisa de desprecio absoluto a ese peligro, volvió a sentarse, sirviéndose una copa de licor y fué bebiéndola a sorbos.

Esa temeridad inmovilizó el dedo de ella, que ya apretaba el gatillo. Otro vez la sugestión del hombre, que era el amor de sus malos instintos, la rendía frente a él, señoreando en su voluntad y en su corazón. Otra vez las malas pasiones despertaban bravías queriendo adormecer su espíritu rebelde a esas miserias.

En el silencio impresionante del gabinete resonó clara y burlona la voz de Balmes.

—Querida, no sirves para protagonista de tragedia. Tu marido ha encontrado mala mensajera de su cobardía y...

—Calla.

—...y ya puedes volverte a anunciarle que dentro de cuatro horas tendré el singular placer de alojarle una bala en el corazón.

—Calla, Luis... Calla, canalla...

—Siempre hermosa tú... Hasta en este momento...

—Canalla—y salió el tiro.

El estampido atronó el silencio del palacio.

Luis Balmes giró sobre sí mismo, riendo aún forzosamente, alzó los brazos y rodó a lo largo de la alfombra.

Isabel, inmovilizada por el espanto, miraba al moribundo con ojos extraviados; pudo reaccionar al fin, y huyó aterrorizada hacia el jardín, abrió la puertecita falsa y escapó, cayendo y levantándose, en carrera vertiginosa. A los cien metros rodó de bruces y una bocanada de sangre azotó su rostro contra las piedras.

—Alfredo—exclamó a media voz, desfalleciente.

A duras penas consiguió levantarse, empapada de rojo el vestido. Pasaba un taxi y lo tomó ante el asombro del chófer, al que ella alargó su tarjeta, no siéndole posible dirigirse la palabra.

Durante el corto viaje debió apelar a todas sus fuerzas para no caer desfallecida.

Al detenerse el auto, descendió casi cayendo de rodillas. Así subió la escalinata e hizo girar la llave de la puerta que daba al hall. Al abrirla, otra vez rodó, arrojando sangre, llamando a su esposo desesperada.

—Alfredo... Alfredo...

A esa voz implorante salió él del despacho y quedó anonadado al verla.

Va las pupilas de la moribunda ibanse tornando vítreas, movía los labios balbuceando algo.

—Ya no te... batirás... por mí... Per... dó... na... me... —dijo muy despacio.

En una última convulsión, clavó los ojos implorantes en su esposo y así fué cerrándose suavemente, con un leve temblor en los párpados. Y quedó inmóvil luego, libertando, al fin, su alma, de las malas pasiones que atormentaron su vida.

JUAN MANÉ



Anne Preston



Ricardo Cortez



Errol Flynn



Alice White